

**EL SEÑOR
NOS HA LLEVADO
DE LA MANO**

ROMA – 2004

Carta de los Superiores Generales

Queridos Hermanos y Hermanas:

Con esta carta os queremos presentar el libro que tenéis enfrente de vosotros, que, como su introducción dice “quiere ser un compañero de camino para ayudaros a descubrir y meditar la riqueza de nuestro Carisma SS.CC.”

Efectivamente este ha sido uno de los trabajos que los dos Gobiernos Generales de Hermanas y Hermanos han querido llevar adelante en el marco de su colaboración para fomentar la unidad de la Congregación. En este caso, se trataba en concreto de facilitar una mejor asimilación y vivencia de nuestra espiritualidad congregacional.

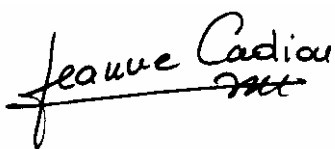
La espiritualidad de la Congregación es una de las manifestaciones fundamentales del Carisma que a través de los Fundadores Dios da a su Iglesia. Esa espiritualidad no es otra cosa que vivir el seguimiento de Jesús guiados por su Espíritu a través del estilo, formas de ser y actuar que Él mismo ha ido suscitando en la Congregación a lo largo de toda su historia. Elementos fundamentales de esa espiritualidad están muy presentes en el primer Capítulo de las Constituciones, de ahí que esta obra haya querido ser un compañero que nos ayude en la lectura, meditación y enriquecimiento personal a partir de esos elementos.

Tal vez hoy más que nunca se siente la necesidad de vivir una espiritualidad profunda que sea la base de una Misión Común siempre más rica y valiosa al servicio de los pueblos y las iglesias a los que somos enviados. Fomentar la espiritualidad propia es ser responsables del don recibido y de la llamada a ponerlo al servicio del Reino de Dios. “Beber en el propio pozo” es ser conscientes de la riqueza propia que está llamada a ser un valor al servicio de todos.

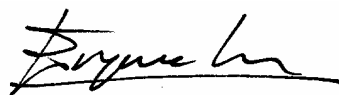
Si bien ha sido esta obra una iniciativa de los dos Gobiernos Generales, el resultado solo ha sido posible gracias a los trabajos de muchos hermanos y hermanas que han realizado con sus aportaciones el conjunto de la obra. A ellas y ellos nuestra inmensa gratitud por su disponibilidad y su dedicación generosa a hacer posible este libro.

Confiamos que su uso sea provechoso para todas y todos nosotros y nos ayude a “contemplar, vivir y anunciar” el Amor de Dios manifestado en el Corazón de Cristo y de María.

Fraternalmente, en comunión para llevar adelante la misión a la luz del Carisma SS.CC.

A handwritten signature in black ink, reading "Jeanne Cadiou" with a stylized flourish at the end.

Jeanne Cadiou ss.cc.
Superiora General

A handwritten signature in black ink, reading "Enrique Losada" with a stylized flourish at the end.

Enrique Losada ss.cc.
Superior General

Modo de empleo. . .

El libro que tienes en tus manos quiere ser un compañero de ruta para ayudarte a descubrir y meditar la riqueza de nuestro carisma SS.CC. Ha sido concebido, pensado, escrito y realizado por varios Hermanos y Hermanas de la Congregación que han querido compartir su fe y su experiencia espiritual, para alimentar tu oración, tu reflexión e invitarte a caminar desde el espíritu de los Sagrados Corazones. Este libro se dirige a ti en lo personal, pero puede servir también, para una comunidad que quiera vivir un tiempo de retiro espiritual.

- ***Plan del libro*** - El libro contiene siete capítulos y cada uno propone elementos de meditación y oración sobre un artículo del Primer Capítulo de nuestras Constituciones.
- ***Contenido de cada capítulo*** - Cada capítulo tiene el mismo desarrollo y presenta el tema en cinco tiempos, que pueden ser vividos, por ejemplo, en una jornada:
 - ***Primer tiempo - Presentación del tema:*** El texto del artículo de nuestras Constituciones se anuncia con un título que resume el tema, y va seguido de comentarios teológicos y espirituales.
 - ***Segundo tiempo - “A la escucha de nuestros Fundadores. . .”*** propone extractos de los escritos más importantes (circulares, cartas o billetes) de nuestros fundadores, lo que nos pone en contacto con la expresión fundacional de nuestro carisma SS.CC.
 - ***Tercer tiempo - “A la escucha de la Palabra de Dios. . .”***, presenta algunas referencias bíblicas, en resonancia con los rasgos propios de nuestra espiritualidad, porque la verdadera fuente del carisma es la Palabra de Dios.

- ***Cuarto tiempo - “Sentarse y meditar. . .”***, propone textos de oración, de reflexión, de poesía, escritos por Hermanos, Hermanas, y comunidades de diversos lugares del mundo. Ellos nos invitan a entrar en comunión de espíritu con la Congregación, la Iglesia y la humanidad entera.
- ***Quinto tiempo - “Para ponerse en camino. . .”***. Al final de cada capítulo, una carta fraternal nos interpela y nos invita a reemprender el camino con Jesucristo.
- ***¿Cómo utilizar este libro?*** Como un guía espiritual para un tiempo fuerte de retiro, de uno o más días. Quiere ser un compañero de camino que pueda ayudarnos a descubrir, meditar y profundizar toda la riqueza de nuestro carisma SS.CC. Este libro no reemplaza un “acompañante personal”, pero tiene la ventaja de que está siempre disponible y de que es fácil llevarlo consigo.
- ***Una semana para caminar desde los ss.cc. . .*** Se puede seguir este material de retiro durante una semana, individualmente o en comunidad, rezando cada día con un capítulo del libro. Se dispondrá entonces, del tiempo necesario para saborear todos los textos propuestos, y otras lecturas si es el caso, y volver así a las fuentes de nuestra Vocación y Misión SS.CC.

A todos, a todas, a cada uno y a cada una, ¡Buena Suerte!

Introducción. . .

¡Gente de Corazón!

Quienquiera que seas, seguramente has gozado alguna vez al hojear un álbum de fotos de familia; has sentido sorpresa y alegría al descubrir rasgos comunes entre los miembros de las distintas generaciones...

Esta primera página del libro que tienes entre manos, presenta brevemente algunos de los rasgos de la generación SS.CC. actual. Cada uno de los Hermanos y Hermanas ha sentido por parte de Dios una llamada, un flechazo. Unos y otras han asumido esta gracia de ser llamados a “contemplar, vivir y anunciar el Amor de Dios, manifestado en los Corazones de Jesús y de María”.

Todos han sido influenciados, aún sin saberlo, por su educación, su formación profesional e intelectual, su personalidad y por su camino recorrido; es normal, pues, que la manera de vivir nuestra consagración esté marcada por ello. Observa bien estos testimonios; los caracteres de la escritura cambian, pero es siempre el mismo color de fondo el que ilumina todo el cuadro, nuestro color típico, el de nuestro carisma SS.CC.

Al descifrar estas líneas descubre tú también cómo vives nuestro carisma SS.CC., y cómo lo escribes en el día a día.

¡VIVIR! No puedo imaginar una experiencia única, aislada, sino una experiencia de mil facetas... como fue mi estancia en Honduras, en Yoro, donde viví cinco meses en medio de los pobres; mi vuelta a San Fernando con mi trabajo cotidiano de médico en formación; mi compromiso en la Parroquia del Buen Pastor, ... Todo eso ha significado para mí, la llamada de un Dios de fraternidad y de Vida: una llamada a vivir la compasión con los que sufren, a querer restaurar la justicia y la misericordia para crear el Reino a la

manera de Jesús. Esta experiencia de llamada y de envío en misión, reconocido y compartido con otros Hermanos y Hermanas, y la búsqueda de vivir al día, es lo que me ha hecho vivir y sentirme miembro de la comunidad SS.CC. – M.F. España

¡ACOGER! Me he sentido plenamente de la Congregación durante mi estancia en las comunidades de los Sagrados Corazones en las islas Hawai, en Filipinas, en Francia... Esta experiencia nace de la capacidad de acogida de los polinesios, de los asiáticos, de los africanos, o de los franceses...; por la facilidad de relación: simpática, calurosa, familiar, a causa del carisma de la Congregación que está por encima de las diferencias raciales. Esta experiencia se tiene, también, en la misión: atención a los pobres, preocupación por reparar por medio de la adoración. Para mí, pues, sentirme plenamente hermano de la Congregación de los Sagrados Corazones, consiste en hacer la experiencia de la internacionalidad. – P.C. Tahití

DIOS presente en lo cotidiano Nuestro carisma consiste en contemplar, vivir y anunciar el Amor de Dios encarnado en Jesucristo. Hace siete años que no dejo de experimentarlo, como religiosa de los Sagrados Corazones. Sin embargo, he tenido la oportunidad de vivir una experiencia más radical, en la que pude constatar qué lugar ocupaba en mi vida ese Amor y cómo me había ido conformando a lo que es la esencia misma del carisma; él me llevaba, y yo podía apoyarme en él para vivir.

Fue en Paraguay, en la comunidad del Bañado, donde volví a encontrarme cuando compartí, durante algunos meses, la vida de las personas que *sobreviven* en torno al vertedero municipal. Es un lugar extremo por las difíciles condiciones de vida (suciedad, olores, calor, miseria...) donde las familias

subsisten gracias a lo que reciclan. Vivir sumergida en esta realidad, para mí que provenía de París, fue muy duro, y al principio se me hizo insoportable; no encontraba en ello ningún sentido.

Fue en una adoración, cuando llamé a gritos al Señor, y me di cuenta de que en lo más profundo de mí, llevaba una convicción. “El Dios en quien creo, es un Dios de Amor; me ama, y no quiere otra cosa que la felicidad del hombre; por tanto, me quiere feliz, aún en medio de este vertedero de basuras”. A partir de entonces, me pareció menos necesario encontrar sentido a los acontecimientos; me pareció más importante tratar de encontrar a Dios presente en lo cotidiano de este lugar: es verdad que Él me ha permitido superar la inmediatez de lo intolerable, para descubrirle oculto detrás de la sonrisa de un niño, en una risa, una palabra de ánimo, unas gracias por mi presencia, en el compartir y en la acogida de numerosas familias del barrio.

De esta manera, he podido contemplar y vivir, cada día, el Amor de Dios, presente en el centro de su pueblo, entre los pobres, sus preferidos, y anunciarlo sencillamente con mi vida, viviendo con ellos. No ceso de descubrir la inmensa riqueza que me han aportado estas personas; y puedo decir que eso fue decisivo a la hora de decidirme a pedir mi profesión perpetua en la Congregación. – E.R. Paraguay

JUNTOS EN EL CAMINO En cuanto pareja, hemos vivido nuestro paso a la Congregación, como un acercamiento progresivo y un conocimiento mutuo, gracias a diversas experiencias, como: temporadas vividas con la comunidad de Barbadillo, nuestro compromiso común en la casa de atención a los enfermos de SIDA, la presencia de Hermanos y Hermanas de la Congregación en momentos importantes de nuestra vida de pareja, como nuestro matrimonio, el nacimiento de nuestro primer hijo, etc., ...

Descubrir en otras personas, la misma opción de vida y vocación, e incluso la fragilidad de las personas, no ha sido siempre un camino de rosas en nuestro compartir con Hermanos y Hermanas, tanto religiosos como laicos. Pero hemos querido celebrar todo eso de una manera pública, como pareja, ante nuestra familia de sangre y de la Congregación. – C. y C. España.

PARTICIPAR La experiencia que me ha ayudado a mí a sentirme más hermana de la Congregación, ha sido el hecho de participar en las Asambleas de Asia. Eso ha aumentado mi conocimiento y ha profundizado mi amor a la Congregación. Cada Asamblea nos trae nuevos desafíos para la expansión y el futuro de la Congregación, particularmente en Asia; y cada vez participan en estas Asambleas más Hermanas, procedentes de diferentes países. Encontrarme con todas esas Hermanas es un tesoro de experiencia que me hace saborear intensamente el espíritu de familia SS.CC, y descubrir, también, la sencillez y cercanía de las Hermanas en cada Asamblea. Todo eso me refuerza el deseo de compartir el espíritu SS.CC.; y muy gozosa, descubro el futuro con entusiasmo, confianza y esperanza. – A.P.H. Asia

ENCONTRAR. COMPARTIR. La experiencia que me ha permitido sentirme verdaderamente hermano de la Congregación está unida, de hecho, a la vida diaria, primero en Valkenburg, después en Charleroi, y hoy día en Lovaina. Vivo en una comunidad y una provincia, cuya mayor parte de sus miembros son muy mayores. Eso me da la posibilidad de enriquecerme de su experiencia de fe y de sus tradiciones; y al mismo tiempo me permite expresar mis propias experiencias de vida. Ha habido muchos momentos fuertes, como por ejemplo, el encuentro, en Polonia, con jóvenes de la Congregación, provenientes de diferentes países; sobre todo cuando hice mi profesión perpetua en Charleroi,

cuando Hermanos y Hermanas de nuestras diferentes provincias de la Congregación, además de jóvenes de otros institutos religiosos, y, sobre todo, “gente de la calle” con las que había vivido y trabajado, me han confirmado en mi elección, y reconocido como “picpuciano”. – F.G. Holanda

ARRIESGAR LA VIDA Animados por el Corazón de Dios, venimos cada uno con nuestra propia historia y nuestra propia cultura. En nuestra vida diaria compartimos la inseguridad con las personas que nos rodean. Los jóvenes lo detectan y ven a Hermanos y Hermanas que se atreven a arriesgar su vida por el servicio del Evangelio y les transmiten esperanza. La pasión por el Evangelio y el celo misionero nos animan y empujan a responder a las necesidades de la misión, adaptándonos a la realidad de los acontecimientos. La vida comunitaria, basada en la fe, abierta a las diversas culturas y a compartir, suscita igualmente en mí, un espíritu de familia sin fronteras. – C.B. Congo

UNA FAMILIA La muerte de mi padre, en septiembre de 1997 fue, para mí, un golpe muy fuerte. Al ver mi estado de ánimo, el superior de la comunidad me llamó y me dijo que fuera a ver a mi madre y a mi familia. Yo no había manifestado nada, pero él había descubierto mi dolor. Esto me hizo comprender que mi pena era compartida, también, por mis Hermanos y mi comunidad. Entonces, me di cuenta, mejor, de que yo era un hermano de la comunidad, y que podía apoyarme en mis Hermanos, y contar con ellos. – S.N. India.



“I would be nowhere else but stalled in the happiness”.
Bill Moore, ss.cc.

Vosotros que habéis sido llamados por Dios. . .

Constituciones Art. 1

En la comunión de la Iglesia, Pueblo de Dios, la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento del Altar es una Congregación religiosa apostólica de derecho pontificio, fundada por Pierre Coudrin y Henriette Aymer de la Chevalerie. Hermanos y Hermanas, unidos en un mismo carisma y una misma misión, constituyen una sola Congregación aprobada como tal por el Papa Pío VII en 1817.

EN LA IGLESIA, “SIGUIENDO LAS LUCES DEL ESPÍRITU SANTO”¹.

Tu pertenencia a la familia SS.CC. no es el fruto de los azares de la vida. Igualmente, la fundación y el desarrollo de esta comunidad no son solamente el producto fortuito de un contexto histórico particular. Tu vocación personal y la Congregación misma, son un don del Señor a su Iglesia para cumplir su misión en el mundo.

Al pronunciar sus votos en la noche de Navidad de 1800, en el oratorio clandestino de la Grand'maison de Poitiers, Pierre Coudrin y Henriette Aymer ponen el acta fundacional de nuestra familia religiosa. Tras la dolorosa gestación revolucionaria, un mundo nuevo está a punto de nacer. Diez años de persecuciones y divisiones han dejado a la Iglesia de Francia particularmente desguarnecida para anunciar a Jesucristo.

En tales circunstancias, reunir mujeres y hombres en el marco de una institución religiosa, con el proyecto de “extender el Evangelio por todas partes”², es una urgencia y un desafío audaz. Pierre Coudrin en su granero, y Henriette Aymer en su prisión, estaban persuadidos de ello: “¡Todo lo que hay que hacer en este momento es entregarse a Dios!”³. El Espíritu está ya actuando en su corazón y el proyecto, al que darán vida, no es de ellos: “está en los designios de Dios”, aseguraba la Madre Henriette⁴. Ellos se comprometen a conducirlo “siguiendo las luces del Espíritu Santo”. Y es así, como encontramos a menudo en sus escritos la expresión “la Obra del buen Maestro” para designar a la Congregación.

¹ De la fórmula de los Votos del buen Padre en la noche de Navidad de 1899 (Memorias del P. Hilarión Lucas).

² Relato del Buen Padre de la “Visión” de la Motte d’Usseau (Algunas notas del P. Hilarión).

³ El Buen Padre durante su estancia en la Motte d’Usseau (Algunas notas del P. Hilarión).

⁴ Billeto de la Buena Madre, febrero 1801.

La fundación de una Congregación es una iniciativa de Dios, que toma cuerpo en un proyecto puesto en pie por bautizados para responder a las necesidades de su tiempo. La personalidad y la experiencia espiritual de sus promotores le darán su fisonomía propia.

Así, en “épocas decisivas de la historia”, el Espíritu no cesa de suscitar nuevas maneras de vivir y de anunciar el Evangelio, en respuesta a los desafíos con los que la Iglesia se enfrenta en el cumplimiento de su misión. A comienzos del siglo XIX, la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, entre muchas otras, ilustra esta actividad incesante del Espíritu.

Pierre Coudrin y Henriette Aymer son pioneros y precursores: salvaguardando una sabia autonomía para cada grupo, se unen en un proyecto común de religiosas, religiosos y laicos. “El todo forma un cuerpo, escriben, en el que cada uno de acuerdo con la medida del talento que le ha sido confiado, sea en el retiro... sea en las solicitudes de la vida apostólica, rinde al Sagrado Corazón de Jesús los deberes de sacrificio, de amor, de adoración, de reparación y de entrega total, que han sido hasta este momento la base del instituto”⁵. A imitación de muchas mujeres y hombres, tú eres su heredero.

“Siguiendo las luces del Espíritu Santo”, ellos han inventado una nueva manera de vivir y anunciar el Evangelio. La Escuela francesa de espiritualidad, la devoción al Corazón de Cristo, la corriente reparadora surgida de Paray-le-Monial, la regla de san Benito, son las fuentes de las que ellos beben sin la inquietud de sistematizarlas. Pero a fin de cuentas, su manera de “vivir, de hacer penitencia, de renunciar a sí mismo, de enseñar, de descansar y de morir...”⁶. manifiestan una fe y un acercamiento al Evangelio que son particulares:

⁵ Borrador de una Súplica al Papa de los Hermanos y Hermanas, verosíblemente de principios de 1801.

⁶ Oficio Parvo de los SS.CC. oración de Completas.

un camino de Evangelio en el que los bautizados se sienten llamados a vivir en plenitud su consagración bautismal.

Mucho antes de que fuera dada su aprobación solemne por la Sede Apostólica en la bula “*Pastor Aeternus*”, ya desde 1800, la Iglesia, por el ministerio de los Vicarios Capitulares de Poitiers, había concedido su certificado de “conformidad evangélica” a la comunidad naciente escribiendo: “Esta asociación es demasiado apropiada para hacer amar el Evangelio para que nosotros dejemos de aprobarla”⁷.

Así, en la Iglesia, comunión de comunidades, la Congregación de los Sagrados Corazones es una comunidad particular que vive y anuncia el Evangelio a la manera de Pierre Coudrin y de Henriette Aymer. Su primera tarea es, pues, ser una escuela en la que nos entrenamos para que el Evangelio configure nuestra manera de ser, para entrar en relación y obrar a fin de que Cristo y su poder de salvación sean manifestados.

Con todos los miembros de nuestra familia SS.CC. esfuérzate en vivir de la manera en que “la Iglesia manifiesta a Cristo a todos: sea en la contemplación sobre la montaña, sea en su anuncio del Reino de Dios a la muchedumbre, sea incluso cuando cura a los enfermos e inválidos y convierte a los pecadores, cuando bendice a los niños y distribuye entre todos sus beneficios, cumpliendo con ello la voluntad del Padre que le envió”⁸.

Tú, pues, que buscas la vida, escucha la voz del Señor: “Venid a mí... introducílos en mi escuela, haceos mis discípulos. Yo soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 28-29).

(Bernard Couronne, ss.cc.)

⁷ Súplica a los Vicarios Capitulares de Poitiers (Octubre 1800), Anales SS.CC., 1963, n° 35, p. 177.

⁸ Lumen Gentium, 46.



CONVERTIRSE EN EL CORAZÓN DE DIOS EN EL MUNDO

En comunión con la Iglesia, Pueblo de Dios...

Es como el “carnet de identidad” de nuestra familia religiosa, que nace en la Iglesia, Pueblo de Dios, para “ser útil a la Iglesia”.

La Congregación está fundada por Pierre Coudrin y Henriette Aymer de la Chevalerie. En plena Revolución francesa, mientras que el pueblo vive en la miseria y la Iglesia es perseguida, un joven seminarista, Pierre Coudrin, se ordena diácono y luego sacerdote, rechazando las leyes revolucionarias y proclamando su fidelidad a la Iglesia católica romana, aún con peligro de su propia vida. Como Jesús, se compadece de su pueblo y se convierte en un pastor lleno de celo. Entonces conoce a Henriette, una joven que también ha arriesgado su vida por Jesús y la Iglesia ocultando en su casa sacerdotes que se negaban a prestar el juramento revolucionario; con su madre, acaba de pasar varios meses en la cárcel. Allí ella tomó la resolución de ofrecer su vida por el bien de su pueblo y el de la Iglesia. Justo cuando parece que la vida religiosa ha sido aniquilada, Pierre Coudrin y Henriette Aymer se sienten llamados a comenzar una nueva familia religiosa, al servicio de la Iglesia y del mundo.

La Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de la Adoración perpetua del Santísimo Sacramento del Altar, es, al mismo tiempo, título y desafío de la nueva Congregación.

Los miembros son consagrados, colocados aparte para convertirse en el Corazón de Dios en este mundo, siguiendo el ejemplo de Jesús y de María. Por la adoración interrumpida de la presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar, esta nueva comunidad se compromete a alabar, adorar, agradecer al Señor e interceder por el Pueblo de Dios. Quiere reparar, reconciliar y liberar a los hombres, las mujeres y los niños, con su vida de oración y con sus obras.

Nuestra Congregación es una Congregación religiosa apostólica de derecho pontificio.

Nuestros Fundadores pidieron la aprobación de la familia naciente a los responsables de la Iglesia local de Poitiers en 1801. Pero, rápidamente, se fundaron otras comunidades en otras diócesis, Mende, París; y así, piden al Papa que reconozca la Congregación como una nueva familia religiosa para extender el Evangelio por todas partes, y ser útil a la Iglesia universal.

Hermanos y Hermanas, unidos por un mismo carisma y una misma misión, formamos una única Congregación, aprobada como tal por el Papa Pío VII en 1817.

En su petición de aprobación de la Congregación, los Fundadores presentaron siempre la Congregación como una sola familia religiosa, con un solo carisma y una sola misión.

(Paula Teck, ss.cc.)



A LA ESCUCHA DE LOS FUNDADORES. . .

Relato de la visión del Buen Padre en la Motte d'Usseau (entre mayo y octubre de 1792)

“Estuve oculto cinco meses enteros, sin poder salir, sin poder confesarme. Pero el Señor me había hecho la gracia de no tener ninguna inquietud, y gozaba de una gran paz de conciencia. Es cierto que el Buen Dios da grandes gracias en esas circunstancias”.

“Fue allí cuando un día, subido en mi granero, después de haber celebrado la misa, me puse de rodillas delante del corporal en donde creía tener siempre al Santísimo Sacramento. Viví entonces lo que somos actualmente. Me pareció que estábamos varios reunidos; que formábamos un grupo de misioneros que debían extender el Evangelio a todas partes. Mientras pensaba en esta Sociedad de misioneros, me vino también la idea de una Sociedad de mujeres, pero no de una comunidad como existe hoy día, ya que nunca había visto religiosas. Me decía a mí mismo: no tendremos ni dinero ni rentas; nos comerán los piojos, y en cuanto que puedo acordarme, pues no lo aseguraría, temiendo mentir, me decía, también: habrá una Sociedad de mujeres piadosas que cuidarán de nuestros asuntos mientras nosotros estemos en misión”.

“Este deseo de formar una Sociedad que lleve por todas partes la fe, no me ha abandonado nunca. Quise comenzar con Enrique. Me abandonó. He preparado con esa intención a los señores de Prin, y cuando ya estaban preparados, me han dejado”.

“Cuando por fin salí de casa de Maumain, me puse de rodillas al pie de una encina que no estaba lejos de la casa, y ofrecí mi vida. Yo me había hecho sacerdote para sufrirlo todo, para sacrificarme por Dios y morir si hacía falta, en su servicio. Sin embargo siempre tenía un cierto presentimiento

de que me salvaría; y en cierta ocasión que Maumain me dijo: ‘¿Qué haréis para escapar?’”, le respondí: ‘Dios me guardará bien’ ”.

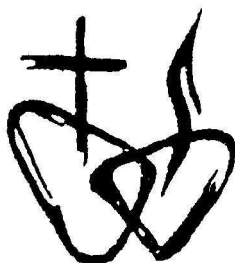
Algunas anotaciones de Hilarión Lucas, ss.cc. antes de 1802

“Confieso que estoy desolado al ver tantas almas perecer por falta de sacerdotes que les lleven auxilio. Me entero todos los días que mueren sin sacramentos en muchos lugares, porque no hay nadie, o ancianos enfermos que no pueden hacer nada”.

LEBP 1244 28 de abril de 1827 A Mons. el Arzobispo de Rouen

“Se hizo el proyecto de una institución que pudiera ser útil a la Iglesia. Se decidió fundar una Congregación destinada a extender la fe, a propagar la devoción al divino Corazón de Jesús y al Sagrado Corazón de María, reparar por la adoración perpetua del Santísimo Sacramento del altar, los ultrajes cometidos contra su Divina Majestad, y en fin, educar a los niños en la piedad y la virtud. El Instituto fue consagrado a los Corazones de Jesús y de María”.

Primera Memoria del P. Hilarión Lucas. (7 Diciembre 1814)



A LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS. . .

“Considerad si no, hermanos: en vuestro grupo de llamados no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; Dios eligió lo que el mundo tiene por necio para humillar a los sabios; lo débil, para humillar a los fuertes; lo vil, lo despreciable, lo que es nada, para anular a los que son algo; para que nadie presuma delante de Dios. Por él vosotros estáis en Cristo Jesús, el cual de parte de Dios se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención, para que, como dice la Escritura, *el que quiera presumir de algo, que presuma de lo que ha hecho el Señor*”.

(1 Cor 1, 26-31)

“Según el don que Dios me ha concedido, yo puse los cimientos como buen arquitecto, y otro construye el edificio. Que cada uno mire cómo construye.

Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está ya puesto, que es Jesucristo. Sobre este fundamento uno puede construir con oro, plata, piedras preciosas, maderas, caña y paja.

El trabajo de cada uno aparecerá claro el día del juicio, porque ese día se manifestará con fuego, y el fuego probará la obra de cada uno. Si la obra resiste la prueba del fuego, recibirá el premio; si se consume, lo perderá todo, aunque él se salvará, pero como el que escapa del fuego”.

(1 Cor 3, 10-15)



PARA MEDITAR CON TRANQUILIDAD. . .

¡Dios nos necesita!

Dios necesitaba un padre para su pueblo,
y eligió a un anciano.

Entonces, Abrahán se levantó...

Necesitaba un portavoz,
y eligió a un tímido que tartamudeaba.

Entonces, Moisés se levantó...

Necesitaba un rey para conducir a su pueblo,
y eligió al más pequeño y débil
de una familia de pastores.

Entonces, David se levantó...

Necesitaba una familia
que acogiese al Mesías Salvador,
y eligió a una pareja del pueblo.

Entonces, Ana y Joaquín se levantaron...

Necesitaba un hogar para acoger a su Hijo,
y eligió a una humilde joven y tímida,
que tuvo que dar a luz en un establo.

Fue María, en Belén...

Tenía necesidad de una roca para edificar,
y eligió a un pescador fogoso y temerario
que le negó por tres veces.

Entonces, Simón Pedro se levantó...

Necesitaba un rostro que expresase
a los hombres su amor.

Y eligió una prostituta

Fue María, la de Magdala...

Tuvo necesidad de un heraldo,
para gritar su mensaje a toda la tierra.

Y eligió a un intrépido perseguidor.

Fue Pablo de Tarso...

Tenía necesidad de un grupo de misioneros
para llevar el Evangelio a todas partes.

Y eligió, en plena revolución sangrienta,
a un joven y celoso sacerdote, sin experiencia.

Entonces, Pedro Coudrin se levantó...

Necesitaba una presencia fervorosa y continua
ante la Eucaristía.

Y eligió a una joven mundana.

Fue Enriqueta Aymer...

Tuvo necesidad de un padre para quedarse
con los leprosos abandonados de Molokai.

Y eligió a un gallardo y robusto joven de Flandes.

Entonces, Damián de Veuster se levantó...

Todavía, hoy, necesita voluntarios
para contemplar, vivir y anunciar su Amor.
Y te ha elegido a ti, Tú...

¡Aunque tiembles de miedo!

Salmo por la Comunidad de los Sagrados Corazones

¡Gloria a Ti, Señor!

Tú eres la fuerza y la razón de ser de nuestra comunidad.
Tú nos has convocado para contemplar, vivir y anunciar
Tu presencia en toda la tierra.

Te alabamos cuando leemos de nuevo nuestra Historia:

Los hechos y gestas de los y de las
que nos han precedido en esta familia religiosa,
permanecen profunda y fraternalmente
presentes en nuestro corazón.

Recordamos a nuestro fundador,

Pedro Coudrin, sacerdote y pastor perseguido.

Tú estabas con él, Señor, y Tú le guiaste
para formar una familia de hombres y mujeres,
misioneros de la Buena Noticia.

Pensamos en nuestra fundadora,
Enriqueta Aymer, presencia amorosa y atenta,
dedicada enteramente a construir una comunidad fraterna
en conformidad con las actitudes de los Corazones de Jesús
y de María.

Danos la fuerza de ser fieles
al carisma de nuestros Fundadores.

Déjanos arriesgar nuestras vidas al servicio de los pobres,
en la lucha por la justicia.

Ayúdanos a proteger la naturaleza que Tú has creado,
y que nos has confiado.

Lucha con nosotros por la defensa de la vida y de la paz.

¡Que el Evangelio sea nuestra única doctrina!

Concédenos la fuerza de anunciar tu Palabra
en este mundo nuestro, en busca de sentido.

Señor, Te damos gracias

por cada uno de nuestros Hermanos y Hermanas en todo el
mundo;

por los jóvenes que Tú llamas

y que desean comprometerse en tu seguimiento;

por los más mayores que te siguen desde hace mucho
tiempo,

con paso firme;

y sobre todo por aquellos y aquellas de entre nosotros
que sufren contigo en la Cruz.

Te alabamos porque nos has elegido

para contemplar, vivir y anunciar al mundo
tu Amor redentor.

Condúcenos de la mano

para construir Tu Reino

en la Comunidad de la Iglesia.

Míranos, Señor;

queremos vivir el presente con confianza

y afrontar el futuro con gozosa esperanza.

(Compuesta por unas Comunidades SS.CC. de España)

Oración en el comienzo del milenio...

Dios, Padre nuestro,
Te damos gracias
por nuestra Congregación de los Sagrados Corazones.
Te damos gracias por esta familia religiosa
cuya existencia es obra de tu Providencia.
Te damos gracias por las riquezas insondables
que el Corazón de tu Hijo nos ha dado a conocer:
Un Corazón lleno de amor y de bondad,
un Corazón paciente y misericordioso,
un Corazón, tesoro de sabiduría y conocimiento,
un Corazón, fuente de virtudes,
un Corazón,, morada de benevolencia divina,
un Corazón, santuario de la justicia,
un Corazón, refugio de paz y reconciliación,
un Corazón, fuente de la vida y de la resurrección.

Señor, en este comienzo del milenio,
te presentamos todos nuestros trabajos y nuestros
compromisos
que tejerán la trama de nuestro futuro,
para que podamos continuar anunciando al mundo
la llama ardiente y generosa del Corazón de tu Hijo.
Haz, Señor, que seamos profetas,
que anuncian tu Reino al mundo,
y se impacientan cuando el mundo no cambia, que conducen
a tu pueblo hacia una vida en plenitud,
que iluminan la noche del mundo
hacia la aurora de la Resurrección.
Que tu Espíritu, Señor, nos consagre para ser
testigos fieles de tu Amor,
hasta el día en que tú colmarás nuestra sed de verte.
AMEN.

(Oración de un novicio SS.CC. de Mozambique)

PARA PONERSE EN CAMINO. . .

Querido(a) hermano(a):

¿Te parece que al considerar la Congregación dentro de la Comunión eclesial, la contemplas como un hecho del Espíritu?

Si es así, como lo es, tu pertenencia a ella no es fruto del azar, sino una verdadera “vocación”, una llamada personal y única de Dios.

Esto, ya te proporciona una actitud interior particular, en primer lugar de gratitud y después el anhelo por dejarte atraer más y más por la brisa del Espíritu que te conduce al Padre.

¿Te dejarás moldear por esta vocación que tiende a adentrarte en el Corazón de Cristo, con toda la fe y el amor de María?

Vale la pena que te preguntes si vives verdaderamente estos sentimientos del Fundador cuando dice al salir de su encierro en el granero: “Yo me había hecho sacerdote con la intención de sufrirlo todo, de sacrificarme por Dios y morir si era necesario para servicio suyo”.

Alégrate de haber sido escogido(a) entre lo que es débil en el mundo para confundir lo que es fuerte, como lo que es nada para destruir lo que parece importante, para que ni tú ni nadie pueda sentirse orgulloso delante de Dios. Por su gracia, por regalo suyo, estás en Cristo Jesús el cual ha sido enviado para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra redención. De tal modo que el que se gloria, que lo haga en el Señor.

Eres parte de una construcción de Dios. Un día quedará manifiesta la calidad de esta obra. Que ese día sea para ti de alegría y gratitud, porque fuiste llamado(a) por pura misericordia a esta porción de la cantera en la que trabaja todo el Pueblo de Dios.

Y que cada día de tu existencia te traiga la humilde alegría de estar llamado a amar mucho.

Te saludo en los Sagrados Corazones

Pablo Fontaine, ss.cc.



“Stream in the desert.” Bill Moore, ss.cc

Contemplar, vivir y anunciar el amor de Dios, hoy día. . .

Constituciones Art. 2

“La consagración a los SS.CC. de Jesús y de María es el fundamento de nuestro Instituto”.

De ahí deriva nuestra misión: contemplar, vivir y anunciar al mundo el Amor de Dios encarnado en Jesús. María ha sido asociada de una manera singular a este misterio de Dios hecho hombre y a su obra salvadora: es lo que se expresa en la unión del Corazón de Jesús y el Corazón de María.

Nuestra consagración nos llama a vivir el dinamismo del Amor salvador y nos llena de celo por nuestra misión.

ENRAIZADOS Y FUNDADOS EN EL AMOR DE DIOS.

El Corazón traspasado de Cristo es la fuente inagotable de tu vocación personal y de nuestra misión común.

Discípulo del Resucitado, como en la tarde de Pascua, te invita a mirar la herida de su costado (Jn 20, 20). El Corazón abierto por la lanza del soldado (Jn 19, 34) habla con la fuerza del Amor del Padre manifestado en la humanidad de Jesús, hombre totalmente entregado a los demás. El Amor de Dios es un Amor que se entrega para que todos tengan la Vida en abundancia (Jn 10, 10).

Tu consagración es ante todo una confesión de fe en un Dios que nos ama: “¡Dios es Amor! ... ¡Él nos ha amado primero!” (1 Jn 4, 8-16). Tal era la fe de nuestros fundadores. Su convicción tantas veces mencionada en sus escritos era que Dios es “bueno”. “El Corazón de este admirable Maestro”, escribía el Buen Padre, “me colma de sus favores, si soy ingrato, me ama todavía y siento que me amará siempre... Yo os aseguro, ¡nada os separará de Él”¹. La Madre Henriette mantiene el mismo lenguaje con sus hermanas: “Vuestro asilo no puede ser otro que el divino corazón de Jesús. Vosotros sois irrevocablemente de Él. No permitirá que rompáis las cadenas de su gracia, solamente, vos ha comprometido a llevar”².

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús les ha permitido profundizar, consolidar y expresar esta fe en la fidelidad del Amor del Padre manifestado en Jesús.

En el Evangelio, las palabras y la vida de Jesús nos revelan a Dios como un Padre que ama al hombre y no cesa de proponerle su Alianza. Desde los orígenes, sin cesar, intenta reanudar el diálogo con el hombre. Es el Dios que llama a

¹ Correspondencia del Buena Padre, n° 192; Rm 8,39.

² Correspondencia de la Buena Madre.

cada uno por su nombre para hacer de él su amigo y ya no su servidor (Jn 15, 14-15).

Con la Virgen María en la Anunciación, alégrate (Lc 1, 28), tú eres amado por Dios incondicionalmente. Debes pues aprender a discernir en tu vida los signos de este amor y darle gracias por todos sus beneficios. Como María, la Madre de Jesús, en la oración y la comunicación fraternal, aprende a retener todo los acontecimientos de tu vida y meditarlos en tu corazón (Lc 2, 19) para que esta convicción se convierta en carne de tu carne, en tu mismo ser.

Como nuestros fundadores y sus primeros compañeros descubrirás que Él te conduce “como de la mano”³. “Si verdaderamente se profundiza en la ternura del Corazón de Jesús por la salvación de las almas, ¿se puede, entonces, no estar inflamado de celo para responder al Amor de tan buen Maestro?”⁴.

Tu consagración es la respuesta de amor al Amor del Padre revelado en el Hijo bien amado que entrega su vida. “En esto hemos conocido el Amor: Jesús ha dado su vida por nosotros; nosotros también debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos” (1 Jn 3, 16).

Este Dios fiel se hace mendigo de nuestro amor. Su Corazón abierto está a la espera de nuestra respuesta.

Jesús, el Hijo bien amado es el único capaz de articular esta respuesta de Amor: nadie va al Padre sino por Él.

Del costado traspasado de Cristo en la cruz ha brotado el agua que te ha dado la vida. En el día de tu bautismo, tú te has sumergido en este amor del Padre encarnado en el Corazón de su Hijo. Te has convertido en un mismo ser con Él (Rom 6, 5). Por la fe, tú también eres hijo de Dios “en Jesucristo” (Gal 3, 26).

³ Circular del P. Coudrin del 14 de abril de 1817 (Anales SS.CC. 1960, p. 176).

⁴ Memoria del P. Coudrin sobre el título de “celadores” (1816, Anales SS.CC. 1963, p. 221).

Su ser todo entero está orientado sin restricción hacia el Padre y la realización de su voluntad de salvación para la humanidad. Tal es la misión a la cual es consagrado y enviado por el Padre (Lc 4, 18) y en la que arrastra a los miembros de su Cuerpo, primogénito de una multitud de hermanos (Rom 8, 29). “Por ellos me consagro a mí mismo para que ellos también sean consagrados por la verdad” (Jn 17, 19).

El bautismo y los diversos compromisos de vida (profesión religiosa, promesas, etc.) que lo actualizan, te hacen participar en su consagración al Padre. Nuestras consagraciones carecen de sentido y fuerza si nos están unidas, integradas en la suya, única y definitiva.

Tu consagración en un impulso de amor, es una entrega total y definitiva al Padre por Cristo, en Él y con Él. “Tú me has conformado un cuerpo... He aquí que yo vengo, Padre, para hacer tu voluntad...” (Heb 10, 5) Precisamente en esta voluntad, añade el autor de la carta a los Hebreos, “es como hemos sido santificados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez por todos” (Heb 10, 9-10).

¡Que suba a tus labios y se inscriba en tu día a día la frecuente y última oración de la Madre Henriette: “¡Dios mío, heme aquí! ... Yo quiero lo que Vos queráis, sí, Dios mío. Sabéis que os amo con todo mi corazón y que estoy dispuesta a morir si Vos lo queréis. Sí, yo quiero amaros siempre. Dios mío, os doy mi corazón”⁵.

En la Anunciación, la Virgen María recibe, en primer lugar, la seguridad de que Ella es la que tiene “el favor de Dios” (Lc 1, 28): Ella es la “bien amada”. Tocada en lo más profundo de ella misma por esta certidumbre de ser amada, Ella pronuncia, en nombre de la humanidad, las palabras que Dios espera desde los orígenes: “Yo soy la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38).

⁵ Vida de la Buena Madre por el P. Hilarión.

Aprende de María que consagrarse es servir humildemente. Ya nada cuenta en adelante para ti que la realización de la voluntad del Padre.

La decisión de “consagrarse a los Sagrados Corazones” apunta a una manera de vivir y actuar, que en su desarrollo no soporta la tibieza. El Amor de Dios por la salvación de la humanidad es “fuego”, Amor apasionado. “¿Cómo no estar inflamado de celo para responder al Amor de tan buen Maestro?”, se pregunta el P. Coudrin, que añade: “Su vocación es completamente de celo, y de un celo inflamado”⁶.

Tu consagración es la obra del Espíritu en ti. Déjate configurar a la imagen del Hijo bien amado, modelo y camino de tu consagración al Padre. Haz tuya esta oración de San Juan Eudes: “Espíritu de Jesús, que es todo amor y toda caridad, ama al Padre y a Jesús por mí, transforma mi corazón en amor por ellos”.

¡Y ama!

(*Bernard Couronne, ss.cc.*)



CONSAGRADOS PARA ANUNCIAR EL AMOR DE DIOS

“La Consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María es el fundamento de nuestro Instituto”.

Fue de esta manera como los Fundadores formularon lo que es la base de la nueva familia en y para la Iglesia; hombres y mujeres escogidos para expresar el Amor de Dios, a través del símbolo del Corazón de Jesús y del de María, su Madre.

⁶ Ídem.

De esta palabra se deriva nuestra misión: contemplar, vivir y anunciar al mundo al Amor de Dios encarnado en Jesús.

En seguimiento radical de Jesús, cada miembro de la Congregación se compromete a hacer lo que Jesús hizo durante su vida terrestre:

CONTEMPLAR el Amor: buscar en todo, en todas partes y siempre este Amor infinito del Padre es la dimensión de nuestra vida de oración.

VIVIR el Amor: a partir de nuestra vida de familia religiosa, construyendo una comunidad fraterna y universal con todos aquellos y aquellas a quienes somos enviados. Es la dimensión de la vida fraterna en comunidad.

ANUNCIAR el Amor: “lo que recibisteis gratuitamente, dadlo gratuitamente”. Es la dimensión misionera de nuestra vida apostólica.

“Lo que contemplamos os lo anunciamos... para que nuestra alegría sea completa...” (1Jn 1, 1-4).

María ha sido asociada de una manera particular a su obra salvadora, es lo que expresamos por la unión del Corazón de Jesús y el Corazón de María.

En el pensamiento de nuestros Fundadores, María estaba “ligada” por todo su ser, todo su corazón y en todos su proyectos, a la vida y al proyecto de Jesús. Toda su vida fue un “SI” incondicional para su Hijo y con Él.

De esta manera, nuestra consagración nos compromete a vivir el dinamismo del Amor Salvador y nos llena de celo por nuestra Misión.

El Buen Padre quería dar el nombre de “Celadores y Celadoras del Amor” a todos los miembros del Instituto. El mismo, llevó una vida llena de celo para que el Buen Dios fuera conocido y amado en todas partes .

Inmediatamente, tras los duros tiempos de la persecución, Hermanos y Hermanas se entregaron a la evangelización en las parroquias y diócesis abandonadas en Francia. Muy pronto en la historia de nuestro Instituto, los Fundadores pidieron al Papa que les confiara misiones lejanas.

(Paula Teck, ss.cc.)



EL CORAZÓN DE JESÚS

Cuando miramos la historia de la devoción al Sagrado Corazón no podemos dejar de ver que ella representa una profundización de la religión. El Corazón de Cristo nos evoca este deseo de conocer por dentro lo que fueron las motivaciones, las líneas de conducta, el horizonte en el cual Jesús se movía. Llegaremos a la conclusión, como afirma Pío XII en la Encíclica “*Haurietis Aquas*” que la redención es ante todo y por su propia naturaleza un misterio de amor. Pues bien, este amor de Dios tan visible en el Evangelio es a la vez humano y divino. El toma un rostro, una voluntad e inteligencia humanas, tanto en la parte sensitiva como afectiva. Cuando nos referimos pues al Corazón de Jesús estamos hablando acerca de las emociones y afectos de su alma reflejadas en las emociones y afectos sensibles de su cuerpo: el deseo, la alegría, la tristeza, la ternura, el temor y la ira, conforme con las expresiones de su mirada, palabras e gestos.

Decir “Corazón de Jesús” es hablar del centro de Jesús, de donde han partido sus elecciones y su pasión por su Padre y por el Reino. Es referirnos al centro desde donde Jesús tomó

las decisiones cruciales en su vida terrena, la fuente desde donde brotaban su mirada positiva acerca de la vida y de la historia, pues para Él todo, en definitiva, descansa en las manos de su Padre.

Mirar al Corazón de Jesús es llegar a conocer y a amar a Jesús como un hombre totalmente entregado a la vida de su gente. Es verlo y comprobar que Él que se puso en contacto con las vidas de los pobres y enfermos; buscó sanarlos y les dio esperanza. Este mismo Jesús se introdujo en la vida de sus discípulos y los invitó a una profunda amistad con Él. Por ello, en la medida que descubrimos la hondura de su Corazón nos sentimos atraídos por lo humano de su comportamiento y queremos nosotros mismos comportarnos de una forma tan humana como lo hizo Jesús. Por lo mismo descubrimos que al centrarnos nosotros mismos en los demás, nos tornamos capaces de estar de un modo creativo en ellos.

Pero Jesús no es solamente un hombre para los demás. Él es también y, sobretudo un hombre para Dios. Aquí llegamos a conocer la importancia fundamental del Padre en su vida, pues Jesús estuvo orientado exclusivamente a conocer y a hacer la voluntad del Padre. Esta confianza y esta sencillez de Jesús se resumen en su obediencia.

El Corazón de Cristo nos llama a corresponder al Dios amante sobre todas las cosas, porque, en Jesús, “Él nos amó primero” (1Jn 4, 10).

La unidad radical de la persona de Jesús, la llegamos a saber y a experimentar en el simbolismo de su Corazón, es decir, en el amor de aquel que “me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20).

(Hilario França, ss.cc.)



A LA ESCUCHA DE LOS FUNDADORES. . .

Primer reglamento diseñado por el Buen Padre – 1797 (Extracto)

Al hacernos nacer en el seno de la religión cristiana, Dios nos ha llamado a la santidad; y no es una temeridad por nuestra parte el intentarlo. Necesitamos un guía, un modelo, un protector. En Jesús encontramos todo: su nacimiento, su vida y su muerte: esta es nuestra regla. Su divino Corazón será nuestro refugio y nuestro exilio, la soledad a la que nos retiraremos frecuentemente para que se digne hablar a nuestros corazones.

Dios es nuestro Padre; Jesús, nuestro esposo, el Espíritu Santo, nuestra luz; la Santísima Virgen, nuestra madre; los santos Ángeles, nuestro guardianes; san José, nuestro patrón.

Jesús nació de una Virgen; su preferencia por la virginidad nos la hace abrazar. Nació pobre, nosotros queremos vivir pobres; vivió retirado durante varios años; este es nuestro proyecto, a no ser que nos dé a conocer que no es esa su voluntad.

La devoción al Sagrado Corazón, la humildad y la dulzura, serán las virtudes fundamentales de la Congregación.

Carta del Buen Padre a Sr. Gabriel de la Barre (Extracto)

Sí, mi querida hija, yo sólo vivo para cimentar, si fuera necesario a un alto precio, la obra del Corazón de este amable Maestro, que me colma de favores; si soy ingrato, me sigue amando; y siento en mi corazón que me amará siempre; sí, siempre.

No acabaría nunca si os escribiera toda la fuerza de su gracia en mi alma, toda la amplitud de su poder sobre mi modo de ser. Amadle, pues, sin limitación, y yo respondo de que nada os separará de él. Tanto en la persecución como en la calma,

seamos hijos de la cruz ; que nuestros sentimientos ardan en el deseo de inmolación que él exige o que permite; y todo, sí, todo irá de acuerdo con su voluntad, que siento y quiero sentir hasta la muerte, siempre adorable...

Sed como las columnas en vuestra casa, de la que nada os haga salir, porque la casa es vuestra; se os puede impedir que guardéis al Esposo de vuestras almas, pero no se os puede impedir adorarle y amarle por entero. No os fiéis de ningún brazo de silla, los mejores no hacen más que ruido, y su fuego, en el momento fuerte del trabajo, no produce más que humo.

Decid a los niños, que nada les haga vacilar, que sean prudentes, y que si son probados en la caridad, no será por largo tiempo.

Que acepten la cruz, porque la cruz ha vencido más enemigos que los que yo conocía. En una palabra, que recen y que tengan esperanza...

¿Os diría, además, que no seáis demasiado desgraciados? Mi oración, a este respecto, no puede cambiar la voluntad de vuestro muy amable Salvador, pero deseo, al menos, que sepáis que sufro con vosotros, que lloro con vosotros, que estoy donde vosotros estáis y donde se comparte y se adora.

LEBP, n° 192 del 4 de agosto de 1804

“Recordemos solamente que estamos dedicados a los Sagrados Corazones de Jesús y de María y que a esta preciosa profesión van indudablemente unidas dulces y santas amarguras, inseparables de nuestra vocación”.

LEBP 2038. 17 de julio de 1835, A la hermana Eudoxia Coudrin en Coussay-les-Bois



A LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS. . .

“Estaban en pie junto a la cruz de Jesús su madre, María de Cleofás, hermana de su madre, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo preferido, dijo a su madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Ahí tienes a tu madre”. Y desde aquel momento el discípulo se la llevó con él”.

(Jn 19, 25-27)

“Como era la víspera de la pascua, para que no quedaran los cuerpos en la cruz el sábado – pues era un día muy solemne – los judíos rogaron a Pilato que se les quebraran las piernas y los quitaran. Los soldados fueron y quebraron las piernas a los dos que habían sido crucificados con Jesús. Al llegar a Jesús y verlo muerto, no le quebraron las piernas; pero uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua. El que lo ha visto da testimonio de ello, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros creáis. Todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: No le quebrarán hueso alguno. Y también otra Escritura que dice: Verán al que traspasaron”.

(Jn 19, 31-37)

“Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, contemplado, lo que han tocado nuestras manos acerca de la palabra de la vida, pues la vida se ha manifestado, la hemos visto, damos testimonio de ella y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y se nos ha manifestado; eso que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que estéis unidos con nosotros, como lo estamos nosotros con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos todo esto para que nuestra alegría sea completa”.

(1 Jn 1, 1-4)



PARA MEDITAR CON TRANQUILIDAD. . .

Oración para una profesión perpetua

Padre santo,

Te bendecimos y te damos gracias.

Desde los orígenes,

Tú haces lo que es bueno para el hombre,
y cuando se separa de ti,
no dejas de proponerle tu Alianza.

Tú eres el Dios fiel que tienes paciencia y te compadeces.

Con el fuego de tu amor,

revelas a Moisés, tu amigo,
cuan sensible eres al sufrimiento de tu Pueblo.

Tú eres el Dios de la ternura y la misericordia,

cuyo corazón está herido por todo aquello que destruye
al hombre y a la creación.

Has amado tanto al mundo, Padre santo,

que nos has enviado a tu propio Hijo
cuando se cumplió el tiempo,
para que sea nuestro Salvador.

Concebido por el Espíritu Santo,

nació de la Virgen María, tu humilde sierva.

Atenta y disponible,

ella acompaña fielmente a su Hijo
desde el Nacimiento hasta la Cruz.

Tú has querido que su Corazón

sea el modelo de un Corazón
que escucha y se entrega a tu Amor.

¡En Jesucristo encontramos todo!

Compartiendo nuestra condición humana,

atento a los pobres y a los pequeños,

ha estado con nosotros como el que sirve y da su vida
por todos.

Nos ha amado hasta el extremo,
hasta la muerte en Cruz, con el Corazón traspasado.
Por sus heridas, nosotros somos curados.
Resucitado, abre un camino de libertad y de gozo,
para los que creen en El.

¡En adelante, Padre santo,
nada podrá separarnos de tu Amor!
De generación en generación, no cesas,
por medio de tu Espíritu Santo,
de llamar a hombres y mujeres
a seguir a Cristo en la vida religiosa.
Por amor, ellos eligen no desear nada para ellos,
y ponerse a servir a los demás.
Y ahora, Padre santo,
mira con bondad a NN...
Por su profesión religiosa,
se ofrecen a Ti de todo corazón
y para siempre.
Te pedimos que envíes sobre ellos (ellas)
tu Espíritu de Fuego y Amor;
que con las Hermanas, Hermanos y Laicos
de su familia religiosa
entren en la escuela de Cristo Jesús,
dulce y humilde de corazón,
y unan su vida a la suya
para hacerse uno con Él.
Que su vida esté escondida en Dios con Cristo.
Que habite en su Corazón
y que sean enraizados(as) en su amor.
Y así, se comprometan, cada vez con mayor ardor,
a contemplar, vivir y anunciar
tu amor, manifestado
en los corazones de Jesús y de María.

Que no les falte nunca,
por la gracia de tu Espíritu Santo,
la prudencia y la sencillez,
la dulzura y la sabiduría,
la seriedad y la delicadeza,
la discreción y la libertad.

Que ardan por la caridad
y no amen nada fuera de Ti.

Que sólo busquen darte gloria
con un corazón purificado
en un cuerpo santificado.

Y que Tú, Dios siempre fiel,
seas su orgullo, su gozo y su amor;
que seas su consuelo en las penas,
su luz en las dudas,
recurso en las injusticias;
en la prueba, sé su paciencia,
en la pobreza, su riqueza,
en la privación, su alimento,
en la enfermedad, su curación.

Que posean todo en Ti,
ya que te prefieren a cualquier otro.

Que avancen con confianza
y escuchen, un día,
la voz de Cristo invitándoles a compartir su gozo
y ocupar un lugar junto a Él.

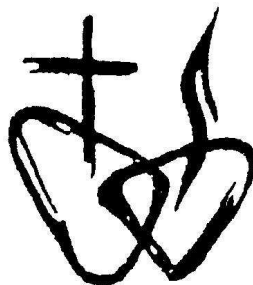
Por Jesucristo, nuestro Dios y Señor,
que vive y reina contigo,
en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos. AMEN.

(Oración compuesta por Bernard Couronne, ss.cc.)

Poema de un corazón no violento

¡Que puedan mis manos estar siempre cargadas de amor
Para compartirlo y darlo a mi alrededor!
¡Que pueda mi corazón permanecer siempre abierto
Para acoger y consolar al pobre, al rechazado, al excluido!
Que mi paso, con cuidado, respete a la hormiga...
Que mi lengua no escupa nunca veneno...
¡Que no sea yo, nunca, destructor de sueños
Para quien busca la felicidad!
¡Que no flagele al luchador debilitado!
¡Que sepa, por el contrario, aportar luz y calor
Al espíritu abatido!
¡Que mi sendero se colme de simpatía!
¡Que sea la música de Aquel cuyo nombre es Amor!
¡Que corra por mí un raudal de paz y de ternura!

(poema de Marion Storjohann, ss.cc. USA)



PARA PONERSE EN CAMINO. . .

Querido(a) hermano(a):

Has sido llamado(a) a permanecer junto a la Cruz, como María, contemplando el sufrimiento fecundo de Jesús y su Corazón traspasado. ¿Sientes esta llamada como la médula de tu vocación? ¿Aceptas plenamente que eres amado(a) hasta el último rincón de tu fragilidad? ¿Piensas que tu vida y tus palabras llevan a otros a esta misma convicción liberadora?

Te deseo vivamente la gracia de continuar a cada instante de tu vida, esta actitud de nuestros Fundadores para que, al contemplar la Palabra de Vida, estemos en comunión unos con otros y con el insondable Misterio de Dios que, amando, se nos da.

María entró de una manera particular, en ese Misterio de Dios hecho hombre y en su obra salvadora. Si ella, tan pequeña y pobre, una mujer querida y elegida singularmente por Dios, pudo ser asociada de este modo a la obra de Dios, ¿por qué no podrías tú también vivir a tu modo y como un regalo, esta misión de contemplar, vivir y anunciar al mundo el Amor de Dios encarnado en Jesús?

Ya que estás consagrado(a) a estos Corazones y que ello constituye el fundamento de nuestro Instituto, examina con humildad y esperanza cómo estás viviendo tu compromiso con el dinamismo del amor salvador que te llena de celo por la Misión.

Pregúntate hasta qué punto estás viviendo la fe en el Dios que nos ha amado primero. Si esa fe es la respiración continua de tu corazón, si es la que te permite leer las palabras y los hechos de Jesús, así como tu propia vida como manifestación del Amor que te crea y te envuelve continuamente.

Te saludo en los Sagrados Corazones

Pablo Fontaine, ss.cc.



“The power of the Cross.” Bill Moore, ss.cc.

Vivir los mismos sentimientos que Cristo Jesús. . .

Constituciones Art. 3

“En Jesús encontramos todo; su nacimiento su vida y su muerte: he ahí nuestra Regla”.

Hacemos nuestras las actitudes, opciones y tareas que llevaron a Jesús al extremo de tener su Corazón traspasado en la Cruz.

En nuestro seguimiento radical de Cristo, María su Madre, modelo de fe en el Amor, nos precede en el camino y nos acompaña para entrar plenamente en la misión de su Hijo.

¡ANTE TODO, JESUCRISTO!

Jesucristo es el “centro”¹ y el fundamento de la vida (1 Cor 3, 11).

“Venid a mí, dice, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt 11, 28-29).

Con confianza, aproxímate a Él, con tu deseo de vivir y de amar. Él es para ti el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre si no es por Él (Jn 14, 6-7). Sólo Él tiene Palabras de vida (Jn 6, 68).

Para seguirle, debes en primer lugar aprender a conocerle íntimamente.

Como María de Betania, tómate tiempo para sentarte a sus pies y escuchar su Palabra (Lc 10, 38-47). Cuando abres la Biblia, particularmente los Evangelios, ya sea solo o en comunidad, ahí te encuentras con Jesús. El Evangelio saboreado a lo largo de los días te abre el acceso al interior de Jesús, a su Corazón. Un mismo movimiento de Amor le hace unirse a Dios su Padre, y a los hombres sus hermanos. En los asuntos de su Padre, atento a realizar su Voluntad de salvación, se reserva largos momentos de oración. No por eso deja de estar absolutamente disponible para aquellos con quienes se encuentra o vienen a Él: en los años pasados, en la fatiga, la contradicción, la hostilidad, y hasta la muerte sobre la Cruz. Para Él, vivir en plenitud, es amar y entregarse al servicio humilde y paciente de su prójimo. ¿No se ha reconocido a sí mismo en la figura del servidor que ha venido para dar su vida por la multitud? (Mc 10, 45). Su corazón abierto en la cruz es el signo de una vida totalmente entregada a los demás, sin restricciones. Él da cuerpo así a la misericordia, corazón del Padre que se hace cercano de la miseria de la humanidad.

¹ Oración del Buen Padre (El Religioso de los SS.CC., Pág. 444)

Jesús proclama “dichosa” a María, su Madre, porque, más que ningún otro, ella “escucha la Palabra de Dios y la pone en práctica” (Lc 11, 28). Aprende, tú de Ella a acoger la Palabra en tu corazón y hacer que tome cuerpo en tu manera de vivir, de amar, de obrar.

Las primeras Constituciones de la Congregación² proponen la vida de Jesucristo como horizonte de nuestra vida consagrada. “El fin de nuestro Instituto es reproducir las cuatro edades de Nuestro Señor...”³. El género de vida que ellos proponen a sus primeros compañeros es puntualmente el que Jesús Servidor propone a sus discípulos. La Madre Henriette desde sus primeros compromisos⁴ desea, con la ayuda de María, entrar en la dinámica de este Amor de Jesús que se hace servicio “hasta consumirse como un cirio en Él”. El P. Coudrin indica la clave de este compromiso cuando dice: “Faltarán a su voto más esencial desde el momento en que quieran vivir para sí mismos y no trabajar para la salvación de sus hermanos”⁵.

A los que le interrogan sobre lo que es preciso hacer para tener la vida, Jesús responde: “Amarás con todo tu corazón...Ve, vende lo que posees... luego ven y sígueme!” (Lc 10, 28; Mt 19, 19).

Tú, pues, sigue el camino del Amor como Cristo, que te ha amado y se ha entregado por ti (Ef 5, 2). Este camino, sobre el que te propone caminar, es un itinerario pascual. A los que quieren seguirle, Jesús les recuerda que deben renunciar a sí mismos y cargar con su cruz. “En efecto – añade –, el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierde su vida por mí y el Evangelio, la salvará!” (Mc 8, 34-35). Nuestros fundadores no emplean otro lenguaje cuando recomiendan a sus primeros compañeros “el Amor de la Cruz” y “la

² Ann SS.CC. 1961, n°27

³ ídem p. 179

⁴ Fórmula de los votos pronunciados por la Buena Madre el 20 de octubre de 1800

⁵ Memoria sobre el título de “celadores” Anales. SS.CC. 1963, n° 35, p. 221.

crucifixión interior”. Para amar, es preciso morir a sí mismo. Pasar del corazón cerrado por el egoísmo al corazón abierto como el de Cristo; tal es tu camino de conversión. En adelante, el que importa en la vida ya no eres tú; ¡son los otros!

Siguiendo al samaritano de la parábola (Lc 10, 29-37), estás invitado a un peregrinaje que te va a conducir hasta el Corazón de aquel a quien tú te acercas.

Cada día, colócate frente a Cristo dulce y humilde de corazón. Es el modelo inagotable. Quiere proseguir, en ti y para ti, su peregrinaje hacia el hombre. Entrégale todo; tu espíritu, tu corazón, tu carne, tus energías para que tú ya no vivas para ti, sino para el Cristo que vive en ti! (Gal 2, 20).

Este camino puede parecerte por encima de tus fuerzas. No temas, es Dios, por su Espíritu, quien va a hacer de ti una criatura nueva (2 Cor 5, 17). Él es el alfarero; tú eres la arcilla. Déjate configurar por su amor (Is 64, 8).

Conserva tus ojos fijos en “Jesús, origen y término de tu fe” (Heb 12, 2) y madurarán en tu vida los frutos del espíritu, que son amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benevolencia, fe, dulzura, dominio de sí, justicia y verdad... (Gal 6, 22-25).

Cuando tu corazón se encuentra en medio de la tormenta, puedes tener la tentación de decir como Pedro: “Aléjate de mí, Señor, que no soy más que un pobre pecador! (Lc 5, 8). Que se afiance en ti esta invocación tan presente en nuestra tradición espiritual: “¡Corazón de Jesús ardiente de Amor por nosotros, enciende nuestros corazones de amor por ti, haz nuestro corazón semejante al tuyo!”.

(Bernard Couronne, ss.cc.)



REPRODUCIR PLENAMENTE LA VIDA DE JESÚS

Para Pierre y Henriette, lo más importante no era escribir una Regla, sino vivir plenamente el seguimiento radical de Jesús, según las inspiraciones del Espíritu. Como Francisco de Asís y muchos otros, nuestros fundadores querían reproducir plenamente la vida entera de Jesús. Nuestro fundador escribe: “¡En Jesús encontramos todo, y añade, quien dice todo no hace excepción de nada !”

Leemos en el Capítulo Preliminar de las primeras constituciones: “El fin de nuestro Instituto es reproducir las cuatro edades de nuestro Señor Jesucristo: su infancia, su vida oculta, su vida evangélica y su vida crucificada...”. Dicho de otra manera, nos comprometemos a vivir plenamente, del principio al fin, nuestra vida cristiana, nuestra vida de bautizados. He aquí nuestra Regla, nuestra conducta a seguir, nuestro programa de vida.

Hacemos nuestras las actitudes, las preferencias y las obras que condujeron a Jesús hasta la muerte en la cruz, con el corazón traspasado.

Por la contemplación cotidiana de Jesús, nos dejamos transformar por Aquel a quien miramos. Nos hacemos así semejantes a Él: compasivos como Él, asumimos sus mismas preferencias, y obramos como Él en toda circunstancia, corriendo los mismos riesgos de no ser comprendidos, ni amados, sino por el contrario, de ser rechazados, torturados, crucificados por causa del Reino de Dios.

En nuestro compromiso radical de seguimiento de Cristo, María, su Madre, modelo de Fe en el Amor, nos precede en el camino y nos acompaña para entrar plenamente en la Misión de su Hijo.

No andamos solos en este camino de seguimiento radical de Jesús; María, su Madre y nuestra Madre, nos acompaña siempre. Como Jesús, su Hijo, no tiene más que un solo

proyecto: desde el anuncio del ángel, (Lc 1, 38) hasta que llega al pie de la cruz de su Hijo (Jn 19, 25-27), su FIAT es incondicional.

Ella nos recuerda constantemente: “Haced todo lo que Él os diga” (Jn 2, 5). Así, llegamos a ser con Ella celadores y celadoras del Amor en todas partes del mundo.

Cada día, nuestra comunidad se vuelve con confianza hacia María, nuestra compañera en el camino de Jesús, cantando la Salve Regina para unirnos a la Misión de su Hijo.

(Paula Teck, ss.cc.)



EL CORAZÓN DE MARÍA

San Agustín dijo que la maternidad divina no habría servido de nada a María si ella no hubiera tenido la felicidad de concebir y de llevar a Jesús en su corazón antes de llevarlo en su seno.

Hablar del corazón de María es decir algo de ese centro maravilloso en el que podemos sondear la acción extraordinaria de Dios, así como la más perfecta respuesta de parte de una criatura humana. El corazón de María fue un corazón virginal cuya pureza jamás ha sido manchada por cualquier pecado. Un corazón que latía al unísono con el de su Hijo, pues en verdad ellos eran un corazón, una sola alma y una vida.

Conocer el corazón maternal de María es saber que ella pasó experiencias dolorosas. Y que supo ver en ellas la presencia silenciosa de Dios.

A lo mejor, la más sublime lección que aprendemos de ella es que la fe va más allá de los resultados concretos, de las satisfacciones inmediatas, para estar firmes, de pie junto a la cruz de Jesús.

Con razón también queremos subrayar que la nota más característica y central del corazón de María es el amor. Si ella asumió la misión de Madre en la anunciación, si ella esperó con paciencia el tiempo desconcertante de Dios para hacer irrumpir su Reino, si ella fue tan lejos en su himno diciendo que Dios "derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes", es porque en su interior trabajaba misteriosamente el amor superabundante de Dios y que ella lo manifiesta ahora en obras y palabras.

Por lo tanto entrar en el corazón de María es transformarnos profundamente. Aprendemos con ella las sublimes lecciones de Nazaret, como nos ha dicho Pablo VI. Primero una lección de silencio, esa indispensable dimensión del Espíritu. Nosotros que vivimos en el mundo de tantos ruidos, aprendemos ahí el valor del recogimiento, de la interioridad, de la disposición para escuchar las buenas inspiraciones que brotan de la vida.

Luego, una importante lección de vida familiar. Nuestras relaciones deben ir mas allá de las dimensiones secundarias y manifestar una buena cuota de cordialidad.

Junto a María, aprendemos también el gran valor de los trabajos modestos, de poco relieve, en contra de nuestra civilización que menosprecia el hecho de ganar el pan con el sudor del rostro y valora el ganar fácil sin ninguna norma ética.

Finalmente, unirse al corazón de María es comulgar con ella y con su Hijo el cáliz de amargura, proveniente de nuestra coherencia hasta el fin con el mensaje del Reino, sabiendo que sobre todas las cosas está la soberana voluntad de Dios.

(Hilario França, ss.cc.)



A LA ESCUCHA DE LOS FUNDADORES. . .

Circular anunciando la aprobación de las Reglas, el 14 de abril de 1817 (Extracto)

Colmados de tantos favores del Dios misericordioso, tengamos cuidado, queridos hermanos y hermanas, de no olvidar la grandeza de nuestra vocación. Estamos destinados a adorar al Corazón de Jesús, a reparar los ultrajes que recibe todos los días. Debemos entrar en el dolor interior de este Sagrado Corazón.

Uno de nuestros principales deberes es el de imitar las cuatro edades de la vida del Hombre Dios: su infancia, su vida oculta, su vida apostólica y su vida crucificada. No perdamos de vista que Nuestro Señor quiere que entremos, fundamentalmente, en la crucifixión interior de su Corazón. Por tanto, debemos, como la Magdalena, quedarnos a sus pies, y como San Juan, acompañarle hasta la cruz...

Acordaos también, mis queridos hermanos y hermanas, que después del Corazón adorable de Jesús, debemos honrar particularmente el dulcísimo Corazón de María. La Santísima Virgen ha sido concebida sin pecado; nació con todas las virtudes; nunca tuvo tentaciones; fue predestinada a ser madre de Dios; pero ha merecido este insigne favor, en primer lugar, por una entera fidelidad a las gracias de Dios, y luego, por las tres virtudes que practicó de manera especial en el momento en que el ángel vino a anunciarle esa gran noticia. La primera es su amor por la virginidad. La segunda, su humildad. La tercera, que es el complemento de todas, su perfecto abandono a la voluntad de Dios, por puro amor a Él. Cuando Nuestro Señor fue concebido en su seno, ella tuvo el sentimiento, es decir, conocimiento de todo: de los sufrimientos y de la muerte de su divino hijo, y recibió en su corazón la misma herida que Nuestro Señor recibiría en la pasión, es decir, que la Santísima Virgen probó un

sentimiento doloroso, que conservó hasta el momento en que los ángeles la subieron al cielo. El amor de María por Jesús fue aumentando hasta el instante de su gloriosa ascensión. Porque ese sentimiento no podía permanecer inalterable; si no aumentaba, habría disminuido.

La Santísima Virgen no sintió nunca la malicia del pecado, ni el odio del corazón humano. No conoció más que el dolor que se causa a Dios. He aquí por qué ella es tan misericordiosa.

Consolémonos en nuestras penas, pensando que María es, y será siempre, nuestra protectora, nuestro sostén; que incluso, tendremos siempre parte en los afectos de su corazón. Hay que acudir a ella, cuando Dios se retira, en nuestras penas, en nuestras desolaciones, en nuestras infidelidades; ella rezará por nosotros si la invocamos, en lugar de desalentarnos...

Nuestro número aumenta de día en día. Nuestro divino Maestro parece que nos abre su Corazón y nos dice: “Venid a mí, o bien, todos vosotros sois míos”. Seamos, pues, de Él sin reserva, si queremos obtener la recompensa.

“O, Jesucristo, he aquí a los hijos de vuestro divino Corazón, confusos a vuestros pies, a la vista de sus pecados, a la vista de sus iniquidades innumerables que han inundado Francia, inundado el mundo. Aunque hayamos sido indignos, henos aquí como víctimas. Mantened vos mismo la espada del sacrificador, hasta que habiendo sido sepultados en vuestra vida oculta, el celo de vuestra divina casa nos devore, y que podamos vivir, sufrir y morir con vos que sois para siempre nuestro centro y nuestra vida”.

Oración del P. Coudrin, en Memorias de la Congregación. Libro 1, p. 26



A LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS. . .

“Procurad tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual, teniendo la naturaleza gloriosa de Dios, no consideró como codiciable tesoro el mantenerse igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y, en su condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por ello Dios le exaltó sobremanera y le otorgó un nombre que está sobre cualquier otro nombre, para que al nombre de Jesús doblen su rodilla los seres del cielo, de la tierra y del abismo, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre”.

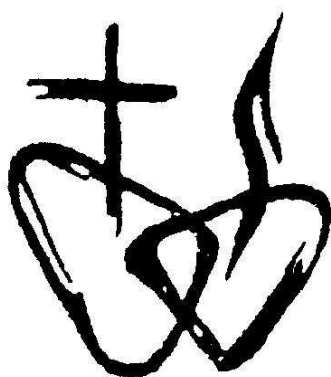
(Filipenses, 2, 5-11)

“Porque el lenguaje de la cruz es una locura para los que se pierden; pero para nosotros, que nos salvamos, es poder de Dios. Pues dice la Escritura: *Inutilizaré la sabiduría de los sabios y anularé la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el maestro?* Nosotros anunciamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero poder y sabiduría de Dios para los llamados, judíos o griegos. Pues la locura de Dios es más sabia que los hombres; y la debilidad de Dios, más fuerte que los hombres”.

(1 Cor 1, 18-25)

“... debemos liberarnos de todo aquello que es un peso para nosotros, y del pecado que fácilmente nos seduce, y correr con perseverancia en la prueba que se nos propone, fijando nuestra mirada en Jesús, el autor y consumidor de la fe, quien, para obtener la gloria que se le proponía, soportó la cruz, aceptando valientemente la ignominia, y está sentado a

la diestra del trono de Dios. Pensad, pues, continuamente en aquel que soportó tan grande contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis perdiendo el ánimo. Todavía no habéis resistido hasta el derramamiento de sangre en la lucha contra el pecado”. *(Heb 12, 1-4)*



PARA MEDITAR CON TRANQUILIDAD. . .

Al que yo amo...

Le gustan las semillas, sabe que debe morir misteriosamente, antes de echar la raíz, el tallo, las flores y los frutos.

Al que yo amo...

Le gustan las flores; dice que los lirios del campo se visten más bellamente que Salomón en todo su esplendor.

Al que yo amo...

Le gusta el trigo; dice que necesita obreros para su mies. Ama las viñas; su felicidad está en ver los sarmientos llenos de fruto.

Al que yo amo...

Le gustan los olivos y la higuera; dice que se debe ser paciente si no dan fruto; siempre espera: ¿acaso el año próximo?

Al que yo amo...

Le gustan los pájaros; dice que tendrán sitio para posarse en el gran árbol del Reino.

Al que yo amo...

Le gusta el lago: es allí donde encontró sus primeros amigos: unos pescadores. Le gusta la tempestad, que no le impide dormir en la barca. Le gustan las puestas de sol; dice que si la tarde está roja, al día siguiente hará buen día.

Al que yo amo...

Le gustan los niños, incluso cuando alborotan un poco; dice que el Reino de Dios pertenece a aquellos que se les parecen. Les acoge y abraza.

Al que yo amo...

Le gustan los jóvenes y cuenta con ellos. Se acuerda de aquel a quien había invitado a dejar todo para seguirle: “vete, vende, da, ven, sígueme...”, pero que se marchó muy triste, aunque no tanto como Él.

Al que yo amo...

Le gusta la gente sencilla. Comprende el desasosiego de la mujer que busca la moneda que acaba de perder. Hace reparar en la generosidad inaudita de la viuda que echa en el cepillo del templo sus dos últimas moneditas. Sabe ver detrás del fariseo que se vanagloria, al pobre que pide perdón.

Al que yo amo...

No ama la riqueza por sí misma, porque ella cierra los ojos, el corazón y las manos... Pero ama a los ricos y se invita a sus casas: Zaqueo, Simón, Mateo; no renuncia nunca a ellos porque pueden llegar a descubrir el gozo de compartir.

Al que yo amo...

No le gusta la infidelidad conyugal; dice: “lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre”

Pero Él es el único que defendió a la mujer adúltera que querían lapidar. Tampoco tiene reparo de hablar con la samaritana de los seis maridos, y que todos señalaban con el dedo.

Al que yo amo...

Detesta la enfermedad, pero ama a los enfermos; se acerca a ellos, toca a los leprosos. Es feliz cuando el oído oye, el ojo ve, la boca puede hablar, cuando el cuerpo puede levantarse, correr y danzar.

Al que yo amo...

Detesta la muerte, esa desagradable bromista que mete miedo y que logra frecuentemente que nos revelemos, cuando se presenta de repente, inesperada injusta, escandalosa. Esperando el día en que Él mismo la afronte, la hace retroceder para otros, para la hija de Jairo, para el hijo de la viuda de Naín, y para su amigo Lázaro, el hermano de Marta y María.

Al que yo amo...

No conoce el odio; a veces una santa cólera por su esperanza frustrada. Pero conoce el perdón, el perdón sin límites, el perdón “setenta veces siete”. Para aquellos que se burlan de Él, haciéndole pasar por un rey de mofa, con una corona de espinas y un cetro de caña. ¡Incluso para aquellos que le matan!

Al que yo amo...

No ordena ni impone nada; ama demasiado como para violentar a alguien. Propone, invita, llama, espera...

Al que yo amo...

Parece un loco en su manera de amar siempre, e incluso – con frecuencia – sin provecho, sin volver a tomar con una mano lo que da con la otra. El “*ojo por ojo y diente por diente*” es una expresión que detesta. Sólo conoce la medida de que habla el Evangelio: “*una buena medida, apretada, remecida, desbordante*”, del buen grano que Él siembra por todas partes. Tanto peor si es pisado por la gente, comido por los pájaros, ahogado por los espinos o abrasado por el sol... ¡Si cae en buena tierra, da mucho fruto!

Al que yo amo...

Se puso de rodillas delante de Judas y de Pedro, y de los otros diez apóstoles, para lavarles los pies... ¡los pies de los que le iban a traicionar, negar y abandonar!

Al que yo amo...

Ha dado su sangre por amor, cuando los hombres le daban vinagre para burlarse.

Al que yo amo...

Quisieron hacerle callar; molestaba demasiado... Quisieron matarle; y le mataron. Creyeron haberle quitado la vida, sin darse cuenta de que era Él quien la entregaba.

Al que yo amo...

Es el Resucitado de la mañana de Pascua... Ha logrado con éxito su paso por la tierra. Es el primero de los resucitados que todos nosotros podemos llegar a ser cada día, gracias a Él. Cada día, si por medio de Él, hacemos de la tierra un cielo durante la vida. Después de la muerte, estamos todos llamados a resucitar para siempre.

Al que yo amo...

Él ha dicho a cada uno que es único, de gran precio, con una misión; cuenta con cada uno según los talentos que le ha dado. Hace de sus amigos, la sal de la tierra, la levadura en la masa, la luz en las tinieblas. Ha decidido no hacer las cosas en nuestro lugar; tiene necesidad de nosotros; puede, incluso, hacer maravillas con nuestra debilidad.

Al que yo amo...

Nos da a conocer a su Padre y nos enseña a rezarle. Nos llena de su Espíritu y nos hace vivir de Él.

Y por fin, Al que yo amo...

Ama a la Iglesia, su esposa. No la abandona, aunque es imperfecta y decepcionante. Sabe darle los santos que necesita para reorientar su camino. Sabe darle hermanos diáconos, presbíteros y obispos unidos al sucesor de Pedro, para servirla, santificarla y gobernarla. Y religiosos y religiosas para decir hasta qué punto hay felicidad en darse totalmente a Dios.

Al que yo amo...

¡Cuánto me gustaría que Él fuera amado mucho más todavía!

(meditación pronunciada por Yves Mével, ss.cc, en sus bodas de oro sacerdotales)



PARA PONERSE EN CAMINO. . .

Querido hermano(a):

Entra en el Corazón de María que transformó todo lo que ocurría a su alrededor, en meditación y oblación de amor. Procura seguir con ella, paso a paso, las huellas de Jesús.

¿Te parece que tu alma está llena con los sentimientos de Jesús? ¿Te ocurre a veces que desees vehementemente estar con él, ser como él, poder decir como San Pablo, "no soy yo el que vive, es Cristo el que vive en mí"?

Relee las páginas anteriores y permite que tu corazón se ensanche con las dimensiones del Corazón de Cristo ante el Padre y ante sus hermanos. Contempla ese Corazón que llega al mundo para hacer la Voluntad del Padre, que sólo quiere vivir en las cosas del Padre, que encuentra su alimento en hacer su Voluntad. Ésta lo lleva a no tener donde reclinar su cabeza, a conmoverse ante las multitudes que están como ovejas sin pastor, a aceptar contra el deseo de su naturaleza que no se haga su propia voluntad y a entregar su espíritu en las manos del Padre.

Pídele a María que te acompañe por el camino para ser capaz de participar plenamente en la Misión de su Hijo.

Es un regalo inmerecido el que has recibido desde que fuiste llamado(a) a seguir de cerca el camino de Jesús, para lo cual debes leer el Evangelio entrando a cada momento en el Corazón de Cristo. Ello te ayuda a hacer tuyas sus disposiciones interiores y adivinar dónde ha puesto Él su tesoro en cada instante de su vida mortal para tú hagas otro tanto.

Te saluda en los Sagrados Corazones

Pablo Fontaine, ss.cc.



"In the dark caverns of the earth." Bill Moore, ss.cc.

Ya no se sabe lo que significa el amor de Dios

Constituciones nº 4

Conscientes del poder del mal que se opone al Amor del Padre y desfigura su designio sobre el mundo, queremos identificarnos con la actitud y obra reparadora de Jesús.

Nuestra reparación es comunión con Él, cuyo alimento es hacer la voluntad del Padre y cuya obra es reunir por su Sangre a los hijos de Dios dispersos.

Ella nos hace participar de la misión de Cristo Resucitado, que nos envía a anunciar la Buena Noticia de la salvación. Al mismo tiempo reconocemos nuestra condición de pecadores y nos sentimos solidarios con los hombres y mujeres víctimas del pecado del mundo, de la injusticia, del odio.

Finalmente, nuestra vocación reparadora nos estimula a colaborar con todos aquellos que animados por el Espíritu, trabajan por construir un mundo de justicia y de amor, signo del Reino.

ENTRAR EN EL DOLOR INTERIOR DEL CORAZÓN DE JESÚS.

La fuente de la vocación es una herida: la del Corazón traspasado de Jesús de Nazaret. Esta herida en el costado del cuerpo crucificado del Hijo de Dios abre para nosotros el libro del sufrimiento de la humanidad. La experiencia del mal entraña el sufrimiento del hombre¹. Ella brota del desgarramiento de los lazos que hacen vivir al hombre en “Alianza” con él mismo, con sus hermanos y con el cosmos, y en consecuencia con el Dios Padre y creador. Este desgarramiento significa la ruptura de la Alianza entre Dios y la humanidad, y sus efectos dolorosos. Ofrecida a nuestra contemplación en la tarde de Pascua (Jn 20, 20), proclama también la victoria del Amor más fuerte que el sufrimiento, la muerte, el mal supremo. Por el don de su vida por los demás, Jesús repara, es decir, refuerza los lazos de la Alianza entre Dios y la humanidad, y es nuestra reconciliación (Rom 5, 10-11). “Todo viene de Dios que nos ha reconciliado con Él por Cristo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación (2 Cor 5, 18). Tu vocación reparadora es llamada a convertirse, con Jesús y como Él, en servidor de esta reconciliación. Es lo esencial del “servicio a los SS.CC. de Jesús y de María” del que hacemos profesión.

Únete a Moisés en la “zarza ardiente” donde el Dios de sus padres le revela “que ha visto el sufrimiento de su pueblo... que ha descendido para liberarlo” (Ex 3, 1-15). En adelante, nadie puede ignorar que Dios está afectado por el sufrimiento del hombre y que se identifica con los que sufren, con los pobres y oprimidos. Su amor inagotable es fuego, pasión.

¹ Carta Apostólica de Juan Pablo II “*Salvici doloris*”, n° 7.

Todo lo que toca al hombre encuentra un eco en su corazón de Padre.

A menudo, el Evangelio nos muestra a Jesús conmovido hasta lo más profundo de su ser, por el desamparo de aquellos con los que Él se encuentra (Mt 10, 36; Mc 6, 34,...).

La figura del Siervo de Yavé en el libro de Isaías (52-53) es, también, elocuente. Al descubrir al varón de dolores de Isaías, contemplamos ya a Jesucristo, el traspasado, “el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (Jn 1, 29). Dios no sólo no es indiferente ante el sufrimiento humano, sino que de alguna manera se desposa con él; él lo repuebla de Amor, ¡pues Jesús se entrega por amor!

En adelante, los desgarros de la humanidad no serán ya fisuras de muerte, sino fuentes de agua viva: del costado abierto del Crucificado “brota sangre y agua” (Jn 19, 34).

Pierre Coudrin en su granero de la Motte d’Usseau, Henriette Aymer en su prisión comulgan con este sufrimiento de Jesús, “ante la muchedumbre agotada y postrada como ovejas sin pastor” (Mt 9, 36; Mc 6, 34). “No se sabe ya lo que significa el Amor de Dios”, escribirá más tarde el P. Coudrin¹. Precisamente, de esta experiencia del sufrimiento de Dios a causa de los tormentos de su Pueblo nacerá su proyecto de fundación. “Él (Jesús) quiere, nos confía la Madre Henriette, una orden destinada a reparar las ofensas que Él recibe; que penetre en el dolor interno de su Corazón... Quiere que se entre particularmente en la crucifixión interna de su Corazón². Ambos son, según la expresión del P. Coudrin, “todo fuego”. Están dispuestos “a sufrirlo todo, a sacrificarse por Dios y a morir si es necesario en su servicio”³.

¹ Memoria sobre el título de “celadores”.

² Billeto de la Buena Madre, del 3 de febrero de 1802.

³ Algunas notas... (P. Hilarión Lucas).

Están convencidos de que sólo el Amor puede curar este mundo herido: “En tales circunstancias”, desean “entregarse a esa obra por sus votos”, y así, “convocar a los hombres a la confianza y el amor de Jesucristo”⁴.

El “servicio a los Sagrados Corazones de Jesús y de María”, del que van a hacer profesión y al que convocan a sus discípulos, es ministerio de reconciliación.

Nosotros hemos recibido de ellos, como herencia preciosa, esta sensibilidad espiritual respecto de los sufrimientos del Corazón de Dios. Desde entonces, tu vocación reparadora toma cuerpo en la adoración eucarística.

Ante la suma de sufrimientos que abruma a nuestro mundo y nos acechan, consciente de los desgarros que le atraviesan y no lo dejan indemne, sé el grito de los pobres y de los que no tienen voz para suplicar como los discípulos en la barca sacudida por la tormenta: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!” (Mt 8, 25). Como la pecadora a los pies de Jesús pide perdón por ti y por la humanidad. Ofrece todo el amor de que es capaz tu corazón para reparar las rupturas de la Alianza (Lc 7, 36-49).

Fija la mirada en el Corazón traspasado del Resucitado, como el hijo pródigo de la parábola, no dudes en “entrar en ti mismo” (Lc 15, 17) para reconocer tu rechazo a amar, a perdonar, y participar en tantas rupturas a la Alianza, que generan sufrimientos alrededor tuyo. En el sacramento de la reconciliación, únete a la misericordia del Padre con confianza. Él te da un corazón nuevo, un corazón fraternal semejante al de Jesús (Ez 36, 26-28) servidor, “Alianza de los pueblos” (Is 42, 6).

Con la mirada fija en el Corazón traspasado del Resucitado, ¿cómo podrás permanecer insensible al sufrimiento de tus hermanos en humanidad? Al pasar de los días, en la oración,

⁴ Memoria sobre el título de “celador”...

en los encuentros, en las actividades, deja al Espíritu conformar en ti un corazón que sepa hacerse cercano a todo sufrimiento. Que tu amor sea un humilde servicio a los demás, por tu presencia ofrecida y que así puedas vendar sus heridas y contribuir a restablecer los lazos entre las personas.

Tu comunidad es el primer laboratorio de esta reconciliación. Tu misión es participar en esta tarea de reconciliación que Cristo confía a su Iglesia. Así, toda tu vida ofrecida a los demás es reparadora de la Alianza y, por lo tanto, ministerio de reconciliación. *(Bernard Couronne, ss.cc.)*



ATREVERSE A SOÑAR UN MUNDO MEJOR

Conscientes del poder del mal que se opone al Amor del Padre y desfigura su designio sobre el mundo, queremos hacer nuestras la actitud y la obra reparadora de Jesús.

Dios crea el mundo, y a cada uno de nosotros, por Amor. No tiene mas que un deseo: que sus hijos sean felices, que esta tierra sea un lugar donde sus hijos puedan crecer y vivir juntos y en comunión con Él. Él nos creó a su imagen, libres y responsables; pero no siempre utilizamos nuestra libertad como una fuerza de comunión, de justicia y de paz.

Como Jesús, contemplamos nuestro mundo con actitudes y sentimientos de compasión, viendo los estragos del pecado en el corazón de los hombres y en la sociedad; nos sentimos llenos de piedad para con esta muchedumbre, agotada, hambrienta y sin pastor. Jesús no duda en hacerse cercano de los que son probados, y llora con los que lloran.

Nuestra reparación es comunión con Jesús cuyo alimento es hacer la voluntad del Padre, y cuya misión es reunir, por medio de su sangre, los hijos de Dios dispersos.

Con Jesús, queremos hacer la voluntad del Padre. Nuestra verdadera felicidad, es hacer lo que Dios desea. Con Jesús, estamos llamados a ser constructores de paz, convocadores, constructores de comunidades.

Participamos así, en la misión de Cristo resucitado que nos envía a anunciar la Buena Noticia de Salvación.

Como a Pedro, Jesús nos hace la pregunta: “Me amas más que estos ?”

En la medida en que podemos responder: “ Sí, Señor, Tú sabes todo, ¡Tú sabes bien que te amo!”, el Señor nos confía su misión: “Apacienta mis ovejas”.

Reconociendo nuestra condición de pecadores, nos sentimos solidarios, también, con los hombres y mujeres víctimas del pecado del mundo, de la injusticia y del odio.

En cada celebración eucarística, confesamos ante Dios y ante nuestros Hermanos y Hermanas, que hemos pecado y que tenemos necesidad de perdón. Con la humanidad pecadora, sufrimos con las injusticias, las consecuencias de los pecados personales y colectivos y nos atrevemos a soñar con un mundo mejor. Por la adoración eucarística y por nuestras obras, construimos un mundo más justo y más reconciliado; y somos enviados para ser la boca, las manos y el corazón de Dios.

Por fin, nuestra vocación reparadora nos impulsa a colaborar con todos aquellos que, animados por el espíritu, trabajan en la construcción de un mundo de justicia y amor, signo del Reino.

Nosotros, religiosos, religiosas, consagrados a los SS.CC. rogamos cada día para que este Reino de Dios avance y estamos convocados para la construcción de ese reino de Amor del Padre, por el que Jesús llegó a dar su vida.

Animados por su espíritu de Amor, colaboramos con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, que aportan su piedra a la construcción de ese mundo nuevo.

(Paula Teck, ss.cc.)



LA REPARACIÓN

El tema de la reparación tiene mucho que ver con el dolor de la pasión por el cual Cristo ha tenido que pasar, y con el dolor que vive un cristiano cuando desea estar unido a su Señor.

La pasión de Jesús fue algo más que la fatiga que lo acompañó en su misión de predicador o evangelizador. La pasión del Señor empieza con aquellos sufrimientos que desde un punto de vista humano están privados de eficacia. Es el sufrimiento que humanamente no tiene sentido. Cuando alguien para progresar en la vida tiene que fatigarse y trabajar, nadie piensa que su fatiga es perdida. Así, la pasión de Jesús se inicia cuando Él es apresado como un malhechor cualquiera en un proceso que termina en su ejecución sangrienta en el Calvario.

Este misterio del sufrimiento que humanamente no tiene sentido, es difícil de asimilar en la vida cristiana. Y con todo, es el misterio al cual todos debemos ser educados, pues más días o menos días, todos pasaremos por él. ¿Y cómo lanzar una luz sobre él? Pensemos en la enfermedad, el fracaso, la vejez, la marginación, la muerte. Como lo ha escrito Karl Rahner: “El mundo fue reordenado y los pecados destruidos mediante la cruz de Cristo. Por esto la reparación de los pecados del mundo ha de consistir primaria y esencialmente

en una participación fiel y obediente en todo aquello en lo que consistió la vida del Señor, en la aceptación de las manifestaciones así como de las consecuencias del pecado en el mundo: dolor, oscuridad, persecución, alejamiento de Dios, muerte”.

La fe no nos exime del sufrimiento ni de la enfermedad, sino que explica el sentido de ese sufrimiento, aunque humanamente no le veamos ninguno. Creo que esta realidad es válida sobre todo en la realidad que me toca vivir en América Latina, donde además de los problemas comunes a todos los seres humanos, nos encontramos continuamente con millones de personas con una carencia casi total de los bienes materiales, con todo lo que esto puede significar de deterioro en su existencia: baja estima, no sentirse amado, ser llevado a tomar determinadas actitudes presionado por la falta absoluta de las cosas.

En la contemplación presentamos al Señor estas situaciones que desde un punto de vista humano parecen sin solución. En la contemplación hacemos entonces una experiencia de comunión, de confianza y abandono en el Dios de la historia. De la oración salimos con el ánimo levantado, sabiendo que Cristo continua actuando por su Espíritu en el silencio de las vidas ocultas; descubrimos su acción en los enfermos que aceptan con fe y esperanza una situación límite, en las familias que acogen con generosidad niños discapacitados; cuando encontramos con pobres que saben vivir con valentía y alegría en medio de tantas privaciones.

De nuestro encuentro con el Señor brota la fuerza siempre renovada para seguir entregando nuestra vida a favor de un mundo donde los más pobres puedan tener más esperanza. Es el sentido propio de nuestra consagración. Pensar que en tantas situaciones deshumanas hay siempre una llamada a la reconciliación, a la superación de arraigados antagonismos o de indiferencia frente al dolor humano.

Finalmente, descubrimos que la reparación no es una tarea ocasional, sino el permanente esfuerzo por hacer de nuestra realidad un mundo según el Plan de Dios.

(Hilario França, ss.cc.)



A LA ESCUCHA DE LOS FUNDADORES. . .

Informe del Buen Padre sobre el título de Celadores (6 de Diciembre de 1816 - Extractos)

Desde hace casi medio siglo, una falsa y odiosa filosofía, ha estado ocupada, sin cesar, en combatir la religión, y ha llegado a extinguir en casi todos los corazones, el *celo* por la gloria de Dios. Ese *celo* que inflamaba al Rey-Profeta a favor de la casa del Señor es generalmente desconocido. No se encuentran, por todas partes, mas que cristianos infieles o cobardes, que olvidan todos los deberes del cristianismo o sólo los cumplen con tibieza. Las mismas expresiones que acompañan a la religión están, de alguna manera, desterradas de la sociedad. Las palabras enfáticas de *humanidad* y de *filosofía*, han reemplazado al nombre tan bello y consolador de la *caridad cristiana*. Todavía se habla alguna vez de respeto por el *Ser supremo*, pero no se sabe lo que significa el *amor de Dios*.

En tales circunstancias, deseando llamar a los hombres a la confianza y al Amor de Jesucristo, dedicados por nuestros votos a esa buena obra, hemos debido tomar un nombre que, por sí mismo, pueda golpear los espíritus y conducirlos a mejores sentimientos, que pueda hacerles comprender que deben abrir sus corazones a una llama divina, y volver al cielo los ojos, demasiado tiempo inclinados sobre la tierra...

El título de *Celadores* presenta por otra parte grandes ventajas relativas al fin que deseamos alcanzar, la santificación de las almas, por la propagación de la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Si uno se deja penetrar verdaderamente por, la ternura del Sagrado Corazón de Jesús por la salvación de las almas, ¿puede entonces no inflamarse de *celo*, para responder al amor de un maestro tan bueno? Si se piensa en la ternura maternal del corazón de María por los hombres, hechos sus hijos en la persona de San Juan, ¿podría aún así, no sentir su alma abrasada por un santo *celo* para honrar a la Virgen de las vírgenes? Esto es precisamente, lo que reafirma el título de *Celadores*.

Podría decir lo mismo considerando nuestro Instituto en sí mismo y en relación con los miembros que lo componen. Necesitamos un título que recuerde diariamente a nuestros Hermanos, sus deberes y obligaciones, que les haga recordar cada instante que deben sacrificarse por medio del *celo* por el Señor; que faltarán a su voto más importante desde el momento que quieran vivir para ellos mismos y no trabajar a favor de sus Hermanos; que no deben entrar en el silencio del claustro si no es para tomar nuevas fuerzas para combatir con más coraje a los enemigos de la religión; que su vocación, en fin, es toda ella de *celo*, y de un celo inflamado. Así deben pensar los miembros de nuestra Sociedad, lo que no podrán olvidar a partir de que obtengamos el título de *Celadores*. Su mismo nombre gritará contra nosotros, como las piedras del santuario, si no se cumpliesen los deberes que les impone. Sería un reproche continuo a su conciencia, que les acusaría finalmente como culpables de endurecimiento si llegasen un día, cosa que a Dios no le gusta, a dormirse en una lánguida ociosidad.

Las mismas observaciones se aplican a nuestras Hermanas, y con más fuerza todavía. Naturalmente llevadas a dedicarse exclusivamente a las dulzuras de la contemplación, las hijas de Sión buscarían pronto desembarazarse de cuidados

penosos en la educación de la juventud, si su nombre de *Celadoras* no les llamase sin cesar a las obligaciones de una caridad más amplia...

Permítaseme observar que el título de *Celador* se encuentra, con frecuencia, en los libros de piedad. Tenemos un pequeño oficio del Sagrado Corazón de María, editado hace más de medio siglo, y extendido por toda Francia, donde el Corazón de María es honrado bajo el título de *Celadora* bienhechora de las almas: *Celator alme cordium*. Esta expresión se encuentra en el himno de Nona. En otra obra, no menos, difundida, las almas son invitadas a unirse al Corazón de Jesús. Están representadas bajo el símbolo de los diferentes sentimientos que la devoción al Corazón de Jesús debe producir. Allí se encuentra al alma amante, al alma compasiva, al alma inflamada, y especialmente al alma *Celadora*. Este título no es, por tanto, extraño a las personas piadosas.

Yo añadiría una última reflexión: la consagración a los Sagrados Corazones de Jesús y de María es el fundamento de nuestro Instituto. Estamos obligados a conservar en el mismo nombre de nuestra sociedad religiosa un recuerdo de esta consagración. Con este título de *Celadores* es con lo que hemos soportado con gozo más de veinte años de persecuciones e inquietudes. Nos consuela y nos hace felices, y me atrevería a decir, que es nuestra fuerza y nuestro apoyo. ¿Por qué empeñarnos en deshacernos en tiempo de calma, de lo que ha sido nuestro sostén durante la tempestad?

Fundado en todos estos motivos, tengo el honor de someter a la Congregación de Obispos y Regulares, la petición de conservar el nombre de Celadores y Celadoras del amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, adoradores perpetuos del Sagrado Corazón de Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

“Cada uno, según la capacidad que ha recibido, ya sea en el retiro, en el silencio o en la penitencia, o sea en la solicitud de la vida apostólica, ofrece a los Sagrados Corazones de Jesús y de María el deber del sacrificio, el amor, la reparación, y la abnegación, que han sido hasta este momento la base de la institución de la que se acaba de dar un breve resumen”.

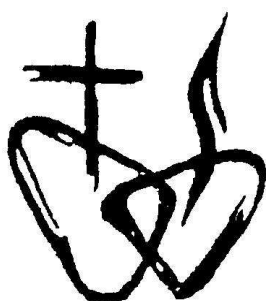
Súplica al Papa. 1800

“Él os ha elegido para fundar una nueva orden que se consagre, por una parte a dar a conocer, extender y restablecer el reino de Dios, en los corazones, por medio de los propios sufrimientos; por otra parte esté dedicada a reparar, en la medida de lo posible, los ultrajes que ha recibido por medio de una vida de inmolación y de sacrificio”.

Billete de la Buena Madre, de enero de 1803

“Amemos la cruz, o al menos, llevémosla valientemente. Poneos a los pies de Dios”.

Billete de la Buena Madre a la Hermana Adriana de Sarlat, en agosto de 1823.



A LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS. . .

“He aquí que mi siervo prosperará, se elevará, crecerá y será magnífico. Y si muchos se habían horrorizado al verlo – tan desfigurado estaba su semblante que no tenía ya aspecto de hombre –, muchos pueblos se llenarán de asombro; a su vista los reyes cerrarán la boca, porque verán un suceso no contado jamás y contemplarán algo inaudito”.

(Isaías 52, 13-15)

Entonces Jesús, levantando los ojos hacia sus discípulos, comenzó a decir:

“Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Dichosos los que ahora tenéis hambre, pues seréis hartos. Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis. Dichosos seréis si os odian los hombres, si os expulsan, os insultan y proscriben vuestro nombre como infame por causa del hijo del hombre. Alegraos aquel día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Así trataban también sus padres a los profetas”.

“Pero ¡ay de vosotros, los ricos, porque ya tenéis vuestra consolación! ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis! ¡Ay de vosotros cuando os alaben todos los hombres! Así alababan sus padres a los falsos profetas”.

“Yo os digo a vosotros que me escucháis: Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen; orad por los que os calumnian... vosotros amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar remuneración; así será grande vuestra recompensa y seréis hijos del altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y con los malvados”.

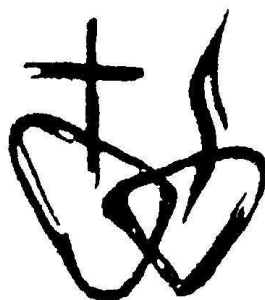
(Luc 6, 27-35)

“Pero todo lo que tuve entonces por ventaja, lo juzgo ahora daño por Cristo; más aún, todo lo tengo por pérdida ante el sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien he sacrificado todas las cosas, y las tengo por basura con tal de ganar a Cristo y encontrarme en él; no en posesión de mi justicia, la que viene de la ley, sino de la que se obtiene por la fe en Cristo, la justicia de Dios, que se funda en la fe, a fin de conocerle a él y la virtud de su resurrección y la participación en sus padecimientos, configurándome con su muerte para alcanzar la resurrección de los muertos.

No quiero decir con esto que haya alcanzado ya la perfección, sino que corro tras ella con la pretensión de darle alcance, por cuanto yo mismo fui alcanzado por Cristo Jesús.

Hermanos, yo no creo haberla alcanzado ya; de una cosa me ocupo: olvidando lo que queda atrás, me lanzo en persecución de lo que está delante; corro hacia la meta, hacia la vocación celeste de Dios en Cristo Jesús”.

(Filipenses 3, 7-14)



PARA MEDITAR CON TRANQUILIDAD. . .

Los rostros sufrientes de Cristo en América Latina

La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela:

- *Rostros de niños* golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables, los niños vagos y muchas veces explotados, de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar.
- *Rostros de jóvenes*, desorientados por no encontrar un lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación.
- *Rostros de indígenas*, y con frecuencia de afro-americanos, que viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres.
- *Rostros de campesinos*, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan.
- *Rostros de obreros* mal remunerados, con dificultades para organizarse y defender sus derechos...
- *Rostros de subempleados y desempleados*, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos, ...

- *Rostros de marginados y hacinados urbanos*, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales.
- *Rostros de ancianos*, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen.

Compartimos con nuestro pueblo otras angustias, provocadas por la falta de respeto a su dignidad de seres humanos, hechos a imagen y semejanza del Creador, y a sus derechos inalienables como hijos de Dios.

(CELAM, Puebla 1979)

Oración a Nuestra Señora de la Paz

Virgen María, Madre de Jesús, en tu corazón de mujer,
se abrazaron la Justicia y la Paz,
la Misericordia y la Verdad.

Que tu Hijo resucitado nos dé esa Paz
que el mundo no puede dar:

Paz que renueve nuestra alianza con el Padre
y nos reconcilie con nosotros mismos.

Paz que es unión de corazones en la fe ,
y construye la comunidad.

Paz que nos conduce al amor solidario
para con los despojados.

Paz que brilla como una esperanza para toda la humanidad.

Paz que lleva por todo el mundo la Buena Noticia
de misericordia y de justicia,
de amor y de verdad, de gozo y libertad.
Paz que nos llena de celo misionero
para anunciar el Amor del Padre.
¡Gloria a Jesucristo en el Espíritu Santo,
para alabanza de Dios Padre! AMEN.

(Oración compuesta por Esteban Gumucio, ss.cc. – Chile)

Oración de África

Dios Todopoderoso,
Tú, la gran mano a la que no podemos escapar,
Tú, la tempestad que ruge y hace doblarse
a los árboles poderosos,
Tú, el Señor que todo lo ve,
Y que distingue desde lo alto
las huellas del antílope en la roca,
Tú no dudes nunca en responder a nuestra llamada.
Tú eres la piedra angular de la paz.
Nuestro mundo está avocado a la paz,
Pero estamos rodeados de guerras
y de disputas incesantes.
Tenemos necesidad de paz...
Te pedimos, también, por la paz en el mundo.
Concede la paz a África.
Concede la paz a cada uno de nosotros,
a cada casa, a cada familia, a cada comunidad.
Extiende la Paz a todos nuestros países
y hasta el confín del mundo.

Oración al Bienaventurado Damián de Molokai

Bienaventurado Damián,
tú te has dejado guiar por el Espíritu Santo
como hijo obediente a la voluntad del Padre.

Con tu vida y tu obra misionera,
manifiestas la ternura y la misericordia de Cristo,
por todos nosotros,
desvelándonos la belleza de nuestro ser interior,
que ninguna enfermedad, ninguna deformidad,
y ninguna debilidad,
pueden desfigurar totalmente.

Con tu acción y tu predicación
recuerdas que Jesús asumió
la pobreza y el sufrimiento de todos
revelando así su valor misterioso.

Intercede ante Cristo,
médico de los cuerpos y las almas,
por nuestros hermanos y hermanas,
para que, en las angustia y el dolor,
no se sientan abandonados,
sino que unidos al Señor resucitado y a su Iglesia
descubran que el Espíritu Santo viene a visitarlos
y que así obtienen el consuelo
prometido a los afligidos. AMEN.

(oración leída por Juan Pablo II al fin de la homilía de Beatificación, el 4 de junio de 1995)



PARA PONERSE EN CAMINO. . .

Querido hermano(a):

¿Cómo estás viviendo el servicio de reconciliación que estás llamado a vivir por tu vocación reparadora?

Puede decirse que lo primero que se te pide es entrar contemplativamente en el dolor interior de Jesús: mirar con su dolor la ciudad que va a ser destruida; con sus ojos llorar la muerte del amigo, enternecerse con él ante la viuda que ha perdido a su hijo único, dolerte ante la muchedumbre marginada y desorientada, dejar que tu corazón también sea traspasado cuando estés en tu propia cruz.

Pero también es importante que no te desalientes y que estés dispuesto(a) a descubrir en el dolor y en el pecado el principio de resurrección. Si amas, te sanas a ti mismo(a) y sanas a otros.

Considera si en los momentos que pasas en la adoración, llega hasta ti el clamor de los pobres, de los oprimidos y de los que están aquejados por graves enfermedades. Pregúntate también si tu propia comunidad es ya un terreno de reconciliación y curación.

Ofrece con sencillez tu vida y tus sinsabores, tus infidelidades y vacíos para unirlos a todo el sufrimiento de Jesús y del mundo. En ti, en tu vocación reparadora se identifican y llegan al Padre como un clamor y como una expresión de amor.

No pienses que tus sufrimientos son los mayores posibles. Basta que mires a Jesús. Pero también a los pobres de nuestro siglo. No dejes de mirar a Damián de Veuster y podrás decir de él como del Siervo de Yavé: "La muchedumbre estaba consternada al verlo, porque estaba tan desfigurado que no parecía un hombre; no tenía aspecto humano..."

Por tu vocación te es dado especialmente comulgar con los sufrimientos de la Pasión, reproduciendo en ti la muerte de Cristo. Y ahí se encuentra tu mayor fecundidad.

Tu hermano en los Sagrados Corazones

Pablo Fontaine, ss.cc.



“When the wind arrives and the sky turns orange.”
Bill Moore, ss.cc

Vivir de la Eucaristía

Constituciones Art. 5

En la Eucaristía entramos en comunión con la acción de gracias de Jesús Resucitado, Pan de Vida, presencia del Amor.

La celebración eucarística y la adoración contemplativa nos hacen participar en sus actitudes y sentimientos ante el Padre y ante el mundo. Nos impulsan a asumir un ministerio de intercesión y nos recuerdan la urgencia de trabajar en la transformación del mundo según los criterios evangélicos.

Como nuestros Fundadores, encontramos en la Eucaristía la fuente y la cumbre de nuestra vida apostólica y comunitaria.

COMO JESUCRISTO ANTE EL PADRE.

En tu marcha hacia la imitación de Cristo con tus hermanos, la Eucaristía es el pan que alimenta tu amor y tu ardor misionero.

El misterio pascual de la muerte y resurrección del Señor Jesús es la cumbre de la revelación del amor misericordioso del Padre. En la celebración de la Eucaristía, por la invocación del Espíritu, le hacemos presente y activo en nuestra vida. Como en la tarde de Pascua, Jesús resucitado “viene y se mantiene entre nosotros” (Jn 20, 19) con toda su capacidad de amar, victorioso de la muerte, capaz de cambiar nuestro corazón y de hacer nacer un mundo nuevo.

La copa que bendecimos es comunión con la sangre de Cristo. El Pan que partimos es comunión con el cuerpo de Cristo (1 Cor 10, 16-17).

La Eucaristía es el sacramento de Jesús que entrega su vida hasta el fin. En el impulso de su amor que se ofrece, nos arrastra para que “por Él, con Él y en Él” participemos en el cumplimiento de la voluntad del Padre que es “reunir en la unidad a los hijos de Dios dispersos” (Jn 11, 52).

Terminada la celebración, el pan eucarístico se conserva para la comunión de los enfermos y ausentes. Se propone a tu adoración para alimentar tu oración personal.

Nuestra familia SS.CC. ha nacido de la adoración de los fundadores. Fue en su granero de la Motte d’Usseau, durante una de sus largas noches de oración ante los corporales donde creía “haber dejado algunas partículas de las sagradas especies y tener a Dios”, que el P. Coudrin vive “lo que somos hoy día”¹. Desde que ingresa en la Asociación del Sagrado Corazón, en Poitiers, Henriette Aymer está como “fija” al pie del Santísimo Sacramento, que se convertirá en el centro de gravedad de una vida totalmente entregada a los demás.

¹ Algunas notas del P. Hilarión.

Nosotros hemos recibido de nuestros fundadores esta forma de oración como una tradición de familia y una misión de la Iglesia. Somos “delegados por la Iglesia para adorar, alabar, agradecer, reparar”².

A su imitación, nos sentimos llamados “a velar y orar en todo tiempo” (Lc 21, 34-36) y a asegurar en la Iglesia una diaconía de oración bajo la forma de la adoración eucarística.

Ya que la vida de Jesús, tal y como nos la descubren los Evangelios, es la “Regla”³ de tu existencia, preocúpate de disponer como él de largos momentos de oración personal (Mc 1, 35; 6, 46...). Este tiempo gratuito entregado exclusivamente a Dios, nos habla de tu Amor. Quizás te parezca perdido o tomado en detrimento de otras tareas urgentes. Desengáñate, tú ganas en ello el amor, sin el cual todo lo demás no es más que “metal que resuena” (1 Cor 13, 1).

Únete pues a Jesús en oración: haz tuya su plegaria (Jn 17).

Este Pan de Vida es presencia de Amor, presencia del Señor resucitado ante ti; invitación silenciosa a la intimidad en la que es restaurada y profundizada incansablemente la Alianza.

Aproxímate a Él con la misma confianza que los enfermos, los excluidos y los pobres del Evangelio. La adoración ha sido vivida siempre en la Congregación como una intercesión permanente por el mundo marcado por el pecado. Esfuérzate en hacer tuya la oración del publicano, en primer lugar para ti y en nombre de la multitud de pecadores: “¡Dios mío, ten piedad de este pobre pecador que soy yo!” (Lc 18, 13). Revístete del manto de los dolores y de las maldades de la humanidad, como Jesús “molido por nuestros pecados, cargando con nuestros sufrimientos” (Is 53, 4-5). Llega hasta la adoración con las disposiciones de la pecadora del Evangelio; que ese momento pasado a los pies del Señor exprese, en nombre de la humanidad, el perfume

² Opinión sobre la Adoración del Buen Padre.

³ Reglamento de manos del Buen Padre.

de su alabanza, las lágrimas de su arrepentimiento y las efusiones de un amor recuperado (Lc 7, 36-50).

No te inquietes demasiado si tu oración te parece vacía. Más allá de las palabras de nuestros razonamientos y de los movimientos de nuestra sensibilidad, “el Espíritu viene al socorro de nuestra debilidad e intercede por nosotros” (Rom 8, 26).

Aprende a mantenerte silencioso en su presencia, bajo su mirada de Amor, como el joven del Evangelio (Mc 10, 21).

Este pan de vida es el cuerpo de Cristo que recapitula la humanidad. Incluso cuando estás solo ante el tabernáculo, no estás en solitario. A través de tu oración, incluso si es torpe y muda, es la humanidad entera la que está presente ante su Señor y expuesta a su Amor. Tú estás como preso de su oración, pues Él “está siempre vivo para interceder” por nosotros (Heb 7, 25).

Que tu oración se extienda a las dimensiones del mundo y sea el “grito del pobre” (Salmo 33).

Este Pan de vida es pan partido para la vida del mundo (1 Cor 10, 16), potencia de amor que dilata y fecunda tu capacidad de amar. El Amor de Cristo te urge a ofrecer tu vida con Jesús y por Él para la salvación del mundo. Al P. Coudrin le gustaba subrayar que la adoración era, en primer lugar “donación entera de sí mismo al Corazón de Jesús”⁴.

En efecto, ella es un momento de tu vida. Ella traduce y desarrolla una actitud espiritual que no se limita a tu presencia ante el Santísimo Sacramento. Esfuérzate, pues, para vivir todas las cosas “en su presencia en el amor” (Ef 1, 4). Pues la adoración verdadera, ¿qué otra cosa es que, en la ternura de Dios, ofrecer su persona y su vida en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios? (Rom 12, 1).

(Bernard Couronne, ss.cc.)

⁴ Consejos sobre la Adoración.



CONVERTIRSE EN PAN PARTIDO

En la Eucaristía, comulgamos con la Acción de gracias de Jesús Resucitado, Pan de Vida, presencia del Amor.

La Celebración Eucarística y la adoración contemplativa nos hacen participar en las actitudes y sentimientos de Cristo para con su Padre y el mundo.

Durante la última cena, el apóstol Juan relata el lavatorio de los pies y la ley del Amor; como Jesús, estamos invitados a lavarnos los pies unos a otros y a dar nuestra vida por los demás. En la Eucaristía, contemplamos a Jesús que se entregó por nosotros. Decimos GRACIAS al Padre por su Amor infinito para con nosotros. En cada Eucaristía aprendemos, al ejemplo de Jesús, a dar nuestra vida por nuestros Hermanos y Hermanas y convertirnos para ellos en pan partido.

Nos llevan a asumir un Ministerio de intercesión y nos empujan para trabajar en la transformación del mundo según los criterios del Evangelio.

A través de la Eucaristía y de la adoración ante el Santísimo, los Hermanos y las Hermanas de los Sagrados Corazones ejercen un ministerio de intercesión en el seno de la Iglesia, Pueblo de Dios. Presentamos todas las intenciones de la Iglesia y del mundo a Dios, Padre, por Jesús y en el Espíritu. De esta manera, nuestra adoración ante el Sacramento del Amor se hace reparadora.

Así, para nuestros fundadores, la Eucaristía es la fuente y cima de nuestra vida comunitaria y apostólica.

Desde sus orígenes, fue en la fidelidad a la Eucaristía y a la adoración como la comunidad se construyó y creció en fraternidad y celo apostólico.

(Paula Teck, ss.cc.)



LA EUCARISTÍA

La Eucaristía es el recuerdo de la muerte y de la resurrección de Jesús – la Pascua histórica de ayer y el recuerdo de la pascua de su pueblo en la historia de hoy. Con Jesús queremos rehacer la alianza entre los hombres: gastar todas nuestras energías para que lo más pronto llegue el día en que no haya lágrimas de opresión, de hambre, de abandono.

Siendo la Eucaristía una pequeña pascua, nos recuerda siempre la dimensión liberadora de la pascua judía, en que Dios ha sacado a su pueblo de la opresión y de la esclavitud de Egipto. Al liberar al hombre de toda y cualquiera esclavitud, Jesús anticipa el acontecimiento celebrándolo con sus discípulos en la última cena. Es decir, si la celebración eucarística pierde su vinculación con el proceso liberador de nuestro pueblo bien pronto puede convertirse en un conjunto de ritos vacíos.

Además de alimentarnos y fortalecernos en el duro trabajo de la transformación del mundo, la Eucaristía es el momento singular en el que nos encontramos con el propio autor del proyecto de transformación: Jesús. Solo Él y por Él se justifican los trabajos, la cárcel, los azotes, el hambre y la sed sufridos a causa de su Reino. Pues como nos afirma San Pablo: “¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo? ¿La aflicción? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El peligro? ¿La

espada? Como dice la Escritura: Por causa tuya estamos siempre expuesto a la muerte... Pero en todo vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado”. (Rom 8, 35-37).

Podemos decir que la Eucaristía cobra su pleno significado cuando adoptamos en nosotros la actitud y la lógica de Cristo, no sólo en nuestras opciones y en nuestras actividades, sino también en nuestras estructuras y nuestros contextos de vida.

Ella es la celebración que proclama a Cristo como único liberador y Señor de la historia y por ello la comunidad se compromete a rechazar todo tipo de opresión y a vivir según las exigencias de la fraternidad. De esta forma toda celebración cristiana puede alcanzar profundas repercusiones en el campo social, en la medida en que los cristianos busquen participar activamente en ella. La Eucaristía nos impulsa siempre a que eliminemos todos los ídolos, antiguos y nuevos, que oprimen al ser humano.

El convencimiento de que la comunión con el Señor y con los demás es un don gratuito de Dios, llena el espíritu de gratitud y de confianza. Si Dios actúa en la historia a favor de los pobres, el cristiano no puede sino alegrarse por esta experiencia del Dios Salvador. Confiando en las promesas de Cristo y en la fuerza del Espíritu, el cristiano está abierto a la esperanza. Todo que parece imposible: la liberación y la fraternidad universal se hará posible no sólo en la escatología, sino en este mundo, aunque sólo sea en formas parciales y provisionales.

(Hilario França, ss.cc.)



LA ADORACIÓN REPARADORA

Toda nuestra vida puede convertirse en un culto agradable a Dios. Toda ella puede ser una adoración. Pues Dios es servido y alabado en nuestros quehaceres apostólicos, a través de nuestra consagración o en la vida entregada al servicio de los hermanos, de modo especial de los que sufren. Sin olvidarnos de esto, queremos recordar que la consistencia y la permanente determinación de amar hasta el extremo radican en esta anhelada y siempre renovada transparencia frente al Señor, con quien compartimos nuestras inquietudes y fatigas por el Reino, suplicándole que nos purifique de cualquier intención egoísta y así nuestro amor sea más pleno.

La adoración es este momento único en que, despojados de todo no buscamos sino el Rostro de Dios, para salir de allí con una nueva energía apostólica. Así, más que una obligación, la adoración es la gracia de un encuentro amoroso con el Señor que nos llama y nos envía.

Dios es comunión, una presencia a través de la cual podemos ser plenamente nosotros mismos, al ser amados tal como somos. Cuando nos sentimos amados con toda nuestra realidad fragmentada, también nos aceptamos como seres que se encuentran en camino. No pretendemos ser perfectos, sino que aceptamos e integramos nuestra persona en este abrazo que nos une desde dimensiones más hondas que todas nuestras dispersiones y rupturas.

La adoración plantea necesariamente la cuestión del silencio en nuestra vida. Especialmente entre aquellos que trabajan en los medios populares. El mismo Espíritu que nos envía en medio de la gente que sufre, nos atrae al silencio. Este espacio de meditación y silencio frente al Señor, impide que los múltiples y agobiantes problemas de los necesitados se conviertan en nosotros en rencores y amarguras sin solución.

Adorar contemplando nos lleva a ver cómo Dios continua actuando por su Espíritu en el silencio de las vidas ocultas, a descubrir su acción cuando nos encontramos con gente alegre y llena de ánimo; cuando visitamos a los enfermos que aceptan con fe y esperanza una situación límite; cuando en fin somos testigos del heroísmo de tanta gente humilde y de fe.

Este tiempo que pasamos junto al Señor queremos rogarle por nuestro pueblo, por los Hermanos y Hermanas de la Congregación, por tantos cristianos que en sus comunidades van construyendo un mundo más solidario, buscando dar testimonio de su persona y de su mensaje en medio de los pobres.

Esta densidad propia del momento de la adoración reparadora eucarística “nos recuerda la urgencia de trabajar por la transformación del mundo según los criterios evangélicos”.

(Hilario França, ss.cc.)



A LA ESCUCHA DE LOS FUNDADORES. . .

Relato de la visión del Buen Padre en la Motte d'Usseau

En mi granero, tenía que estar en una posición que me impedía ponerme de pie. Bajaba algunas veces por una especie de trampa al despacho de Maumain (este era el nombre de aquel en cuya casa estaba oculto), donde tenía más o menos tres pies de anchura para pasearme. La falta de ejercicio me había debilitado extremadamente. Lo que comía era casi siempre frío debido a la dificultad de llevármelo a mi escondite; lo cual dañaba también mi respiración. Me había

vuelto seco, delgado, hasta el punto de que la piel estaba pegada a los huesos, y mi cuerpo despedía tal olor, que a mí mismo meapestaba. Sin embargo, durante los cinco meses que permanecí allí, no me aburrí un solo instante. Todos los días decía la misa a medianoche, y aunque tenía mucho cuidado de purificar el corporal, siempre creía haber dejado algunas partículas de las santas especies y tener así a Dios conmigo. Una vez dicha la misa, subía a mi granero donde pasaba toda la jornada leyendo la Historia de la Iglesia y haciendo oración. Solamente cuando Maumain regresaba, pasaba algún tiempo con él. Me decía frecuentemente que todo iba a cambiar, que M. de Bouillé debía reducir todo a cenizas... Maumain era extremadamente aristócrata. Yo le decía que se desengañara, que no acabaría todo tan pronto. Mi querido amigo, le añadía, no os engañéis. Todo lo que hay que hacer ahora es darse a Dios.

Algunos apuntes de Hilarión Lucas, ss.cc. antes de 1802

“La adoración perpetua del Santísimo Sacramento del Altar es una de las primera obligaciones de la Orden. En todas las casas, de hombres y mujeres, donde haya número suficiente de hermanos o hermanas, habrá, a todas las horas del día y de la noche, un adorador o adoradora delante del Santísimo Sacramento del Altar”.

Constituciones de 1816, Art. 8

“Cuando establecisteis la adoración en el Molino, y me asignasteis una hora, no lo dudéis, fijasteis mi destino”.

Billete de la Buena Madre del 7 de enero de 1803

Opinión del Padre Coudrin sobre la Adoración

Una persona preguntó al Buen Padre su opinión sobre la Adoración; en pocas palabras le contestó:

- La adoratriz es encargada, delegada por la Iglesia para adorar, alabar, dar gracias y reparar.
- Cuando os cubrís con el manto, pensad que es el símbolo del ardor con el que debéis presentaros delante de Dios, como Jesucristo delante del Padre, cubierto con un manto de burla y con todos los crímenes del mundo con los que había cargado.
- La adoratriz debe adorar con Jesucristo y por Jesucristo; reparar, primero, por ella misma y por todos los pecados que se comenten en el mundo, pedir la conversión de los pecadores, la propagación de la fe, rezar por la Iglesia militante, pero, sobre todo, darse ella misma, por entero al Corazón de Jesús.
- Esta devoción, nacida en el Calvario, salió del Corazón mismo de Jesús traspasado en la Cruz después de su muerte. El que permanece siempre abierto para ser, en cada momento de nuestra vida, un lugar de refugio y de perdón para nuestras faltas, de consuelo en nuestras penas, de valentía en la debilidad, un asilo de paz en nuestras confusiones y miedos, en fin, nuestra esperanza a la hora de la muerte...
- El Corazón de María ha sido atravesado y por ahí llegamos al Corazón de Jesús, que no ha sido atravesado sino abierto, porque allí está el lugar de descanso, la fuente de aguas vivas donde encuentra sus delicias, calma su sed, se fortalece; e inundada de gracias, ofrece a Dios, para suplir nuestras carencias, los sentimientos de adoración del Corazón de Jesús, que en este augusto sacramento, ofrece noche y día a su Padre, honores dignos de él, por su estado de víctima.

- Permanezcamos, en su presencia, penetrados de un respeto parecido al de los ángeles que le rodean. Es el amigo más tierno con las almas que buscan gustarle; su bondad sabe amoldarse a la más pequeña de las criaturas igualmente que a las más grandes. No temáis, pues, en esas conversaciones solitarias, hablarle de vuestras miserias, de vuestros miedos, de vuestros aburrimientos, de los que os son queridos, de vuestros proyectos y vuestras esperanzas; hacedlo confidencialmente y a corazón abierto. Ved, hija mía, cómo el santo Job desahogaba su corazón; en sus grandes pruebas gritaba: “¡Ay! cuánto gozo y consolación celestial cuando Dios estaba, secretamente, en mi casa! ¡cuando el Todopoderoso estaba conmigo!”
- Las disposiciones remotas para hacer mejor la adoración son:
 - hablar poco a los hombres y mucho a Dios, no apegarse a las criaturas, cuya presencia, en exceso, nos priva de la del Creador.
 - desterrar del corazón todos los afectos que reemplazan a Dios, nos atan, nos poseen como objetos sensibles y nos impiden levantar nuestro espíritu a las cosas invisibles y emprender el vuelo de nuestra alma hacia Dios.
- Para obtener estas gracias, hace falta recurrir a María nuestra Madre y a nuestro Ángel de la Guarda. Una vez que hemos encontrado a María y por María a Jesús, y por Jesús a Dios Padre, hemos encontrado todo: al decir todo, no se excluye nada.
- El que ha encontrado a María, por una verdadera devoción, sin cruz ni sufrimientos, acabará teniéndolos, más que ningún otro, porque María, siendo la Madre de dolores, da a sus hijos alguna parte de su cruz y les obtiene la gracia de llevarla con paciencia, a ejemplo de

su Hijo, y les hace comprender que, para ser amigo de Dios, hay que beber, como Jesús; el amargo cáliz.

- Por otra parte, hijo mío, es Dios quien nos enseña a orar. Inútilmente diríais a un pobre: “Cuando pidas limosna, emplea tal o cual expresión”. El pobre mendigo se presenta en casa del rico, llama a la puerta y dice solamente: “Estoy desnudo... tengo hambre... tengo sed...”. Olvida vuestra lección. Tiende la mano. Al marcharse, bendice a Dios y promete amarle porque le ha alimentado y le ha quitado la sed. Así debemos rezar nosotros.



A LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS. . .

“Ellos le dijeron: ‘Señor, danos siempre de ese pan’. Jesús les dijo: ‘Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed jamás. Pero ya os he dicho que, aunque me habéis visto, no creéis. Todos los que el Padre me da vendrán a mí. Al que viene a mí no lo rechazo, pues he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y ésta es la voluntad del que me ha enviado, que yo no pierda a ninguno de los que Él me ha dado, sino que los resucite en el último día. Pues es voluntad de mi Padre que todo el que vea al Hijo y crea en Él tenga vida eterna y yo lo resucite en el último día’ ”.

(Jn 6, 34-40)

“No ruego sólo por ellos, sino también por los que crean en mí a través de su palabra.

Que todos sean una sola cosa; como tú, Padre, estás en mí y yo en ti.

Que también ellos sean una sola cosa en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado.

Yo les he dado la gloria que Tú me diste para que sean uno, como nosotros somos uno.

Yo en ellos y Tú en mí, para que sean perfectos en la unidad, y así el mundo reconozca que Tú me has enviado y que los amas a ellos como me amas a mí.

Padre, yo quiero que también los que me has confiado estén conmigo donde yo estoy, para que vean mi gloria, que me has dado, porque antes de la creación del mundo ya me amabas.

Padre justo, el mundo no te ha conocido,

Pero yo sí te he conocido; y ellos han reconocido que Tú me has enviado.

Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer,

Para que el amor que Tú me tienes esté en ellos y yo también esté con ellos”.

(Jn 17, 20-26)



PARA MEDITAR TRANQUILAMENTE. . .

¡Sed de Dios!

O Dios, tú eres mi Dios, desde el alba te deseo;
Estoy sediento de ti,
Por ti desfallezco
Como tierra reseca, agostada, sin agua.

Quisiera contemplarte en tu santuario,
Ver tu poder y tu gloria.
Tu amor vale más que la vida,
Te alabarán mis labios;

Te bendeciré mientras viva,
Te invocaré alzando mis manos.
Me saciaré como en espléndido banquete,
Y mi boca te alabará con júbilo en los labios.

En mi lecho me acuerdo de ti,
En ti medito en mis vigiliass
Porque tú has sido mi ayuda
Y a la sombra de tus alas grito de júbilo.
Estoy unido a ti, tu diestra me sostiene.

(El Buen Padre recomendaba rezar este salmo 62 al levantarse cada día. Reglamento de 1797)

Unidos a la oración del Corazón de Jesús

Estamos unidos
a la oración compadecida del Corazón de Jesús,
Cuando cantamos las alabanzas a Dios
en medio de la creación...
Cuando elevamos nuestro corazón en acción de gracias
para agradecer al Señor
el estar presente en nuestra historia humana...

Cuando adoramos al Padre con la fuerza de su Espíritu...
Estamos unidos
 a la oración compadecida del Corazón de Jesús,
Cuando contemplamos en la Eucaristía
 que somos los miembros del Cuerpo de Cristo...
Cuando actuamos en conformidad
 con las palabras de Cristo...
Cuando llevamos el mundo a Cristo
 y Cristo al mundo.

Estamos unidos
 a la oración compasiva del Corazón de Jesús,
Cuando nuestros corazones y nuestras manos nos empujan
 más allá de las barreras de raza y de religión;
Cuando cada persona se convierte para nosotros
 en un Hermano o una Hermana;
Cuando nuestra oración nos empuja a ser
 la voz de los que no tienen voz y la fuerza de los
 desamparados...

Estamos unidos
 a la oración compadecida del Corazón de Jesús,
Cuando reconocemos
 que somos el Cuerpo de Cristo para el mundo;
Cuando estamos dispuestos
 a hacer la voluntad de Dios, y no la nuestra;
Cuando podemos experimentar
 el dolor de nuestros Hermanos y Hermanas que
sufren...

Entonces estamos unidos
 a la oración compadecida del Corazón de Jesús.

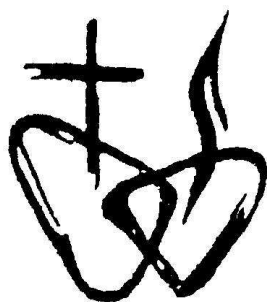
(Compuesta por una Comunidad de América Latina)

Hallar un lenguaje eucarístico...

“El corazón de algunas personas ha sido profundamente herido por ciertos grandes conflictos internos de la Iglesia. Simples palabras como *oración*, *contemplación*, *adoración* y *alabanza*, han sido arrastradas a los conflictos, y desde hace mucho tiempo no son más que palabras que expresan una manera de estar con Dios. Se las considera frecuentemente como palabras utilizadas por gente conservadora para mantener a la gente en el buen camino y recordarles sus buenos viejos tiempos de piedad floreciente...

... ¿Hay alguna posibilidad de salir de ahí? ¿Tendríamos, tal vez, que acostumbrarnos nosotros mismos a hablar más de la experiencia de la gracia que de la experiencia del pecado? Una buena cantidad de nuestras palabras están marcadas con nuestras heridas, nuestras frustraciones y la eventual política de la Iglesia. Mientras estos sentimientos dominen nuestras discusiones, no crecerá mucho nuestra comunidad de fe. Pero si tratamos de hablar a partir de nuestra experiencia del perdón de Dios, de la curación de Dios, de su vida nueva, de la abundancia de su gracia, entonces es cuando se puede encontrar un nuevo lenguaje, un lenguaje de agradecimiento un lenguaje eucarístico”.

(Henri Nouwen –*Volver a casa*.; Belarmin 1995)



PARA PONERSE EN CAMINO. . .

Querido hermano(a):

¿Puedes decir con toda verdad que, en el seguimiento de Jesús, la Eucaristía es el pan que alimenta tu amor y tu ardor misionero?

Tienes que hacer un pequeño esfuerzo para ensanchar al máximo la significación y la fuerza de esta humilde celebración realizada en torno a una mesa de hermanos. Para que no te quedes con un concepto estrecho y ritualista que termine por hacer estéril tu participación en la Cena del Señor.

En otras palabras reavivar siempre en ti el sentimiento de que, en esa celebración llega hasta ti, muy de cerca, y como viniendo desde un largo camino, el misterioso movimiento de Amor que se inició en las entrañas del Padre, que te fue dado en la venida del Hijo por obra del Espíritu, particularmente en su muerte y resurrección y ahora se te entrega en tus manos, en tus labios y en tu corazón como realidad viviente con todo su poder de cambiar tu corazón y hacer nacer un mundo nuevo.

¿Celebras la Eucaristía, en las más diferentes circunstancias, pero siempre como una fiesta que, recogiendo el sufrimiento de Cristo en la historia que vivimos, lo transforma en el triunfo de la vida? ¿Dispones tu corazón para ello?

¿Eres fiel en tu permanencia ante la Eucaristía para unirte a la adoración de Cristo, uniéndote a tus Hermanos de la Congregación que, como tú y contigo, hacen otro tanto?

A menudo necesitarás valor para esta permanencia ante el Santísimo que puede resultar fría, distraída, oscura. Más allá de tus pensamientos o tus sentimientos, estás dentro de una realidad de fe que saca su fuerza y su hermosura, no de lo que hay en ti, sino de las palabras de Cristo. Una realidad de fe y amor silencioso que el Espíritu despierta en lo más profundo de tu corazón. Allí el Espíritu suple tu incapacidad e intercede de un modo inenarrable.

En el silencio del santuario no sólo estás con el que fue crucificado y ahora resucitado. Estás también llevando a tu oración el sufrimiento de todos los crucificados del mundo y, mientras contemplas la entrega del Señor, presentes en tu corazón, la fuerza de su vida.

Te saluda en los Sagrados Corazones

Pablo Fontaine, ss.cc.



“Married to the air and water.” Bill Moore, ss.cc

Construir un mundo más justo en solidaridad con los pobres

Constituciones Art. 6

Nuestra misión nos urge a una actividad evangelizadora. Ésta nos hace entrar en el dinamismo interior del Amor de Cristo por su Padre y por el mundo, especialmente por los pobres, los afligidos, los marginados y los que no conocen la Buena Noticia.

Para que el reinado de Dios se haga presente, buscamos la transformación del corazón humano y procuramos ser agentes de comunión en el mundo. En solidaridad con los pobres trabajamos por una sociedad justa y reconciliada.

La disponibilidad para las necesidades y urgencias de la Iglesia, discernidas a la luz del Espíritu, así como la capacidad de adaptación a las circunstancias y acontecimientos, son rasgos heredados de nuestros Fundadores.

El espíritu misionero nos hace libres y disponibles para ejercer nuestro servicio apostólico allá donde seamos enviados a llevar y acoger la Buena Noticia.

EL EVANGELIO POR TODO EL MUNDO

Anunciar el Evangelio es una exigencia de amor que no permite ningún reposo (2 Cor 5, 14; 1 Cor 9, 16).

En nuestra familia SS.CC., esta ardiente obligación es piedra de fundación. En la Motte d'Usseau, el P. Coudrin recibe la misión de fundar “una tropa de misioneros reunidos para extender el Evangelio por todo el mundo”¹. Toda su vida, esta necesidad continuará siendo prioritaria. La tiene como el “voto esencial”, que es “trabajar en la salvación de sus hermanos”². Infatigable predicador, su celo misionero relevado por la actividad atenta de la Madre Henriette, no cesa de manifestarse por sus iniciativas audaces: apertura de escuelas gratuitas para los pobres, fundaciones de colegios y seminarios, misiones parroquiales y envío de los primeros misioneros hacia Oceanía.

Con nuestros Fundadores y los primeros misioneros, tú eres heredero y sucesor de los discípulos de la tarde de Pascua, del primer Pentecostés.

Al mostrarnos su Corazón abierto, como el Padre le ha enviado, a su turno, Jesús resucitado nos envió, con el soplo del Espíritu, a anunciar la Buena Nueva (Jn 20, 19-22).

“Como el Padre me ha amado, nos repite, yo también os he amado. Permaneced en mi amor” (Jn 15, 9).

¡Anunciar el Evangelio es amar como Jesús ama!

Así, el anuncio de la Buena Nueva no puede reducirse a las actividades apostólicas o pastorales. Engloba todo lo que conforma tu vida: tus actitudes y elecciones personales, tu oración, tu manera de vivir tus relaciones y de actuar. Con la ayuda de la gracia debes desarrollar en ti la acogida, la compasión, la proximidad, la capacidad de escuchar, de

¹ Algunas notas del P. Hilarión.

² Memoria sobre el título de “celadores”.

perdonar, de reconciliarse y de suscitar la comunión para ser un auténtico testimonio de esta Buena Nueva. Para anunciar bien el Evangelio, es necesario vivirlo. Debes convertirte en un evangelio vivo de carne y de sangre. Tu configuración a Cristo, Verbo hecho carne, no es facultativa. Es el fundamento de toda actividad misionera.

Jesús no confía a individuos la tarea de evangelización que le viene del Padre. En la tarde de Pascua es ya a una comunidad a la que envía a la misión. Tu misión no te pertenece: ha sido confiada a la Congregación, y a tu comunidad. Eres el servidor de ella.

Desde sus orígenes, la familia SS.CC. ha escrito una bella página de la misión de la Iglesia. No temas de hojear ese hermoso libro de su historia misionera: en cada página, figuras de tus mayores te estimularán.

Hoy día, nosotros tomamos nuestra parte de la evangelización, allá donde la Iglesia nos llama, con una marcada preferencia por esos lugares de los que la Iglesia está ausente y el futuro se está construyendo: el mundo de los que sufren, el de los pobres, y el de los jóvenes. ¡El Espíritu nos ha precedido en ello y nos llama a ello! No podemos estar satisfechos de ser administradores del Pueblo de Dios. Es en las fronteras, como vigilantes, a lo que nos tenemos que atener. Es allí donde seremos, según la expresión del P. Coudrin, “útiles a la Iglesia”. Tenemos vocación de hacer nacer la Iglesia y de acompañar sus primeros pasos allí donde ella todavía no está. No se trata en primer lugar de levantar estructuras, sino de trabajar al hombre en el corazón, de suscitar la reconciliación y la comunión, a fin de revelar en él la Buena Nueva ya en marcha.

¡Tenemos todavía mucho que hacer para encontrar nuevas rutas para el Evangelio, en este principio del Tercer milenio!

Con tu comunidad, por tu vida, tu oración y tus actividades, procura ser un ardiente testimonio del Amor del Padre revelado en el Corazón traspasado de Cristo, a fin de ser un auténtico “Celador del Amor de los SS.CC. de Jesús y de María”.

(Bernard Couronne, ss.cc.)



APRENDER A AMAR COMO JESÚS

La Evangelización es una exigencia de nuestra misión que nos introduce en el dinamismo interior del Amor de Cristo para con su Padre y el mundo,

Si contemplamos el Amor vivido por Jesús y María, no podemos dejar de evangelizar. Como Jesús, movido por el Espíritu, nos dejamos conducir por Él para anunciar a todos que Dios nos ama y que debemos amarnos como Dios nos ama.

Especialmente para con los pobres, los afligidos, los marginados y los que no conocen la Buena Nueva.

Contemplando a Jesús en los Evangelios, vemos la prioridad que Él da a los pobres, a los más pequeños y a los que viven al margen de la sociedad. Jesús les da de nuevo un lugar en medio de la comunidad humana. Hacemos nuestro, igualmente, el amor preferencial de Jesús por los pobres.

Para hacer presente el Reino de Dios, trabajamos en la transformación del corazón humano, y nos esforzamos por ser artesanos de comunión en el mundo.

Por nuestra contemplación del Corazón de Jesús y del Corazón de María, en nuestros apostolados, apuntamos al corazón humano: aprender a amar como Jesús nos ama, con un amor desinteresado, que hace crecer la fraternidad entre

las personas, y los pueblos. Allí donde podemos llegar al corazón de los seres humanos, buscamos la transformación de las estructuras de nuestra sociedad por la conversión del corazón de aquellos y aquellas que tienen responsabilidades en este mundo.

En solidaridad con los pobres, trabajamos por la llegada de una sociedad justa y reconciliada.

En estos últimos años, la Congregación tomó orientaciones claras en esta dirección: opción preferencial por los pobres, construcción de un mundo más justo y reconciliado en solidaridad con los pobres. Esto nos pide constantemente una revisión de las obras, un compromiso decidido de las comunidades en medio de los pobres, de los marginados, etc.

La disponibilidad frente a las necesidades y urgencias de la Iglesia, discernidas a la luz del Espíritu, la capacidad de adaptación a las circunstancias y acontecimientos, son una herencia de nuestros Fundadores.

En nuestra Congregación, no estamos ligados a una obra específica. Las llamadas de la Iglesia y del mundo nos llevan a discernir cómo dar una respuesta creativa según nuestro carisma.

El espíritu misionero nos hace libres y disponibles para cumplir nuestro servicio apostólico por todas partes donde seamos enviados para llevar la Buena Noticia.

Nuestro Instituto ha tenido siempre un profundo espíritu misionero. Desde los orígenes, los Fundadores hicieron fundaciones para la educación, la formación del clero, las misiones parroquiales, e incluso para las misiones lejanas, más difíciles. Evangelizando a los pueblos, queremos dejarnos evangelizar por ellos a través de sus riquezas humanas y culturales.

(Paula Teck, ss.cc.)



NUESTRA MISIÓN

El Artículo 6 de nuestras constituciones afirma que “nuestra misión nos urge a una actividad evangelizadora” especialmente en favor de aquellos que son pobres, atormentados, marginados y de los que no conocen la Buena Noticia. Es decir, la misión, en el seguimiento de Jesús, es el sentido último de nuestra consagración. Si somos religiosos(as) es para entregar nuestras capacidades, nuestra vida, gastar nuestras energías, en favor de tantas personas que no son reconocidas en su dignidad humana. Y todo eso con miras a un mundo más humano y más justo, “donde sea menos difícil amar” (Paulo Freire).

Por ello la misión supone un acto continuo de vigilancia sobre nosotros mismos, para verificar si en este exacto momento nosotros no estamos un tanto acomodados(as), preocupado(as) con cosas de poca importancia y se nos está olvidando lo más fundamental en nuestras vidas: trabajar por el crecimiento del Reino!

Si miramos nuestra realidad social nos damos cuenta de dos hechos contradictorios: por un lado, hay en las personas una enorme sed de algo nuevo, una grande expectativa de un mundo más solidario. Por otro lado, no es fácil proclamar la fe en un mundo que cree más en la eficiencia. Anunciar determinados valores, mientras debemos enfrentar la influencia avasalladora de los medios de comunicación. Decir que tan sólo en Dios encontramos el sentido pleno de la vida, mientras muchos están en búsqueda de un gozo personal e inmediato. Defender la importancia del compartir mientras otros juzgan que lo único que vale es el bien-estar individual y el consumo.

Y yo me pregunto: no estaría aquí una de las dimensiones más hermosas de nuestra misión Sagrados Corazones? A los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo dominados por el afán de ser más en la medida en que consumen más; que reconocen sus valores en la medida que realizan sus sueños de tener más... nosotros en contraposición, ayudarles a vivir una verdadera experiencia espiritual en la que todos vayan descubriendo y reconociendo su dignidad, que es anterior a la posibilidad de consumir más o menos. Y, sobre todo, la experiencia de un Dios que ama a todos indistintamente y en la más pura gratuidad.

Y así, una vez más, volvemos a la cuestión central: es desde la experiencia profunda del inmenso amor de Dios hacia nosotros que partimos en misión. Pues queremos que muchos compartan con nosotros la alegría del Reino donde predomina lo comunitario. Y lo que nosotros recibimos gratuitamente lo podemos compartir en la misma gratuidad con los demás. “Nuestras consagración nos llama a vivir el dinamismo del amor Salvador y nos llena de celo por nuestra misión”.

(Hilario França, ss.cc.)



A LA ESCUCHA DE LOS FUNDADORES. . .

Súplica del año 1801 al Papa

Santísimo Padre:

Desde hace ocho años, existen en la diócesis de Poitiers, dos fraternidades, exentas de toda inspiración galicana, siendo útiles y enteramente dedicadas a la iglesia dividida; una de sacerdotes y clérigos, la otra de mujeres. Bajo el título de Celadores del amor de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y adoradores perpetuos, yendo al Corazón de Jesús a

través del Corazón de María, y acogidos al patrocinio de San José; ambas están atentas a reproducir en su vida las distintas edades de la vida de Cristo: su infancia, su adolescencia, su vida apostólica y su vida crucificada, según lo que corresponde a cada una de las sociedades. Aprobadas por la autoridad ordinaria, siguiendo la Regla de San Benito, con constituciones propias que favorecen la adoración, ligadas por los tres votos simples, se esfuerzan por acrecentar el amor de los fieles de Cristo, y su devoción hacia los Corazones amantísimos de Jesús y de María. A estas fraternidades, Vuestra Santidad ha otorgado indulgencias por la invocación al Corazón Sagrado de Jesús, el día 20 de Abril del presente años de 1801.

Humildemente os suplicamos que sean alentadas y aprobadas, al menos provisionalmente, hasta que podamos daros a conocer las constituciones. De esta manera será más fácil establecerse como Celadores en otras diócesis; caminando sobre las huellas de los Apóstoles y satisfaciendo a sus propias necesidades, no tendrán nada que pedir a la autoridad civil. Las obligaciones (que hasta ahora se han cumplido) consisten en propagar en el pueblo la enseñanza de Cristo, preparar a los niños y los jóvenes para el ministerio sagrado, reparar continuamente las injurias que ofenden amargamente a los Corazones sacratísimos e inmaculados de Jesús y de María y les traspasan con crueles heridas. Arrodillado a los pies de Vuestra Santidad, os suplicamos humildemente la aprobación provisional y la bendición apostólica.

P Marie-Joseph, Superior General

“La eterna misericordia nos llama a imitar la vida evangélica de Jesucristo Nuestro Salvador. Hemos comenzado por la diócesis de Troyes, la importante obra de las Misiones nos fue recomendada particularmente por el Soberano Pontífice”.

LEBP. 662 Circular sobre la Obra de las Misiones. 26 de Noviembre de 1820

“Se dice que se va a formar en esta parroquia una institución bajo el título de beneficencia y caridad; allí se educará a las jovencitas pobres sin que tengan que pagar. No existe nada así en este barrio; se espera que será para bien. Conozco vuestro celo por este género de buenas obras y creo que os agradará que os comunique lo que se me diga”.

Billete de la Buena Madre a Ludovina de la Marsonnière, del mes de agosto de 1804

Circular del Buen Padre del 11 de Febrero de 1826 (Extracto)

Desde hace más de treinta años, queridos hermanos y hermanas, el Dios misericordioso no ha cesado de derramar sus beneficios sobre nuestro Instituto; pero es, sobre todo, a lo largo del que acaba de terminar, cuando nuestra Congregación ha recibido las mayores pruebas de la bondad divina...

No ignoráis tampoco, que la “Propagación de la Fe” nos ha pedido Sacerdotes de la Congregación para llevar la llama de la fe a las gentes de las Islas Sandwich, situadas en el mar de Oceanía; y ya, el 3 de diciembre del año pasado, Su Eminencia el Cardenal della Somaglia, pro-prefecto de “Propaganda”, nos envió el decreto de la Santa Sede por el que se nombra a uno de los hermanos de nuestra Congregación como Prefecto Apostólico de las islas “Sandwich”, y a otros dos de nuestros hermanos, Misioneros apostólicos, con los más amplios poderes, y el 15 de enero del presente año, el Jefe de la Iglesia ha hecho enviar al Prefecto apostólico una copia auténtica de la bula del Jubileo, considerándolo como ya investido de los poderes de la Santa Sede, y revestido de su autoridad. Así nos ofrece, la eterna misericordia, los medios para imitar más perfectamente la *vida evangélica* de nuestro divino Salvador, y comenzar la obra importante de las misiones extranjeras, uno de los principales fines de nuestro Instituto, y que nos ha sido recomendado especialmente por el sucesor de San Pedro.

A LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS. . .

“Hijo, no quites al pobre su subsistencia, no tengas esperando los ojos implorantes.

No entristezcas al hambriento, no exasperes a nadie en su necesidad. No irrites al corazón exasperado, no retardes tu don al menesteroso.

No rechaces al suplicante atribulado, no apartes tu rostro del pobre.

Inclina tu oído al pobre, y responde a su saludo afablemente. Arranca al oprimido de mano del opresor, no te acobardes al hacer justicia.

Sé para los huérfanos un padre y un marido para su madre; serás como hijo del altísimo, que te amará más que tu propia madre”.

(Sirac 4, 1-10)

“Llegó a Nazaret, donde se había criado. El sábado entró, según su costumbre, en la sinagoga y se levantó a leer. Le entregaron el libro del profeta Isaías, desenrolló el volumen y encontró el pasaje en el que está escrito: *El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a llevar la buena nueva a los pobres, a anunciar la libertad a los presos, a dar la vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor. Enrolló el libro, se lo dio al ayudante de la sinagoga y se sentó; todos tenían sus ojos clavados en Él*”.

(Luc 4,16-20)

“Reunió a los doce, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y de curar enfermedades, y los envió a predicar el reino de Dios y a curar a los enfermos. Les dijo: ‘No llevéis nada para el camino: ni bastón, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas. Quedaos en la casa donde entréis hasta que dejéis aquel lugar. Y si no os reciben, al salir de aquel pueblo, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos’. Fueron y recorrieron las aldeas, anunciando la buena nueva y haciendo curaciones por todas partes”.

(Luc 9, 1-6)



PARA MEDITAR TRANQUILAMENTE...

Damián, ¡el más feliz de los misioneros!

Hoy, todo el mundo quiere ser feliz, pero ¿lo somos verdaderamente? Al fijarnos en la figura de Damián, ¿le recordamos como un hombre que ha triunfado en la vida? Conocemos el desarrollo de su vida. Pero, sin embargo, hay una pregunta que me intriga: ¿cuál es el secreto de este cristiano que une tan íntimamente su suerte a la de los leprosos? Comparte su vida y no desea otra cosa sino que puedan vivir y morir dignamente. Damián conoce el dolor, la dureza, la soledad, la incertidumbre, la oposición, pero persevera y continúa su camino a favor de su grey. Estaba convencido de que esa era su misión y que era la voluntad de Dios, siguiendo a Cristo. Escribió en una de sus cartas que “era el más feliz de los misioneros”. ¡Qué extraña felicidad!

Su vida se podría resumir como una alianza en cuatro aspectos: la alianza entre el hombre y su Dios que le llama a la vida misionera; a continuación, la alianza entre Damián y su Congregación a la que permanecerá fiel hasta el fin; después la alianza entre el sacerdote y el pueblo hawaiano que le considera como un padre; por último la alianza entre Damián y su propia conciencia, que le llevará a hacer opciones radicales que mantendrá hasta el final. En una palabra, Damián, era un hombre fiel a sus compromisos hasta el extremo.

Hagámonos otra pregunta: ¿Hay relación entre felicidad y alianza? El hombre no se realiza verdaderamente, no logra su plena realización y su felicidad mas que en esa alianza que

exige una elección definitiva de su vida. Eso se ve claro en la vida de Damián y de otros muchos... Damián ha dicho SÍ a Dios, a su Congregación, a los leprosos, a su conciencia; y es a través de esta fidelidad como logra la felicidad. Por medio de esas diversas alianzas viene a ser como el buen Pastor que conoce a sus ovejas y da su vida por ellas. Para Damián, el amor no es solamente compasión, o un romanticismo pasajero; es un compromiso concreto y un apoyo real, para que aquellos desgraciados leprosos recuperen sus derechos y su dignidad. ¡Una vida así, me interpela, a mí que busco la felicidad, y acaso también a vosotros!

(meditación de Harry Spee- Centro Damián Vandaag, Lovaina)

Oración de las Comunidades de Europa

Aquí estamos, ante Ti, Señor.

Los Hermanos y Hermanas de las Provincias de Europa...

Te damos gracias por esta Historia de más 200 años, en el transcurso de la cual, Tú nos has llevado como de la mano:

- para darnos, en primer lugar, este don de tu Espíritu que es la misión de contemplar, vivir y anunciar tu Amor; nos lo has dado por medio de esos profetas que fueron Pedro Coudrin y Enriqueta Aymer
- para enviarnos a llevar ese don por todo el mundo; recordamos a los Hermanos y Hermanas que han dado su vida por esta misión, en Oceanía, en América Latina, en América del Norte, en Asia, en África...
- para mostrarnos el camino que debemos seguir, a través de los santos que nos has dado: Damián de Molokai, Eustaquio en Brasil..., y tantos otros Hermanos y Hermanas misioneros por los que tú has revelado al mundo las maravillas de tu Amor.

Te pedimos perdón por nuestros desánimos de hoy y por nuestras divisiones, por nuestras faltas de esperanza y nuestro replegarnos sobre nosotros mismos, por nuestras faltas de confianza en el futuro en algunas de nuestras comunidades.

Te pedimos que despiertes en nosotros el celo misionero de los que nos han precedido; saber aprender de nuestros jóvenes Hermanos y Hermanas este gozo entusiasta de seguirte y servir, Te pedimos la fuerza y la luz de tu Espíritu, para responder a los desafíos que se nos presentan hoy día;

- Participar a nuestro nivel, y en la medida que podamos, en la construcción de una Unión Europea justa, fraterna, solidaria, amable, acogedora del extranjero que llega a nuestro país.
- Construir la Comunidad SS.CC. de Europa buscando la unidad, y respetando la diversidad de historia, cultura e inserción de cada comunidad.
- Prestar a nuestros Hermanos y Hermanas mayores o enfermos, todas las atenciones a sus necesidades, sin cerrarnos a las necesidades de la misión de la Congregación.
- Creer que sigues llamando, hoy, a nuestras puertas para esta misión y dando a los jóvenes que responden a esa llamada, los medios para vivir nuestra misión...
- Mantenerse abiertos y disponibles para el bien de otros desafíos...

Te pedimos, Señor, que nos des audacia para abrir ahora y siempre, nuevos caminos para que el mundo entero conozca tu Amor y cante tu alabanza. AMEN.

Comprometerse en la internacionalidad y la inculturación

La visión del Buen Padre es esclarecedora a este respecto. Vislumbra “un grupo de misioneros que irían a extender el Evangelio por todas las partes del mundo”. Esta visión no ha sido nunca tan significativa como actualmente ante los efectos de la globalización que provoca una emigración creciente. Uno de los mayores peligros para una sociedad, para una comunidad o para una institución multicultural sería el que una de las culturas pudiese llegar a ser tan dominante que ignorase todas las demás. Servir, en una comunidad multicultural, exige dos actitudes fundamentales: una apertura a las diversas culturas, y un aprecio de la riqueza que nace de la internacionalidad. Estas dos actitudes nos deben guiar en nuestro ministerio con los emigrantes; estar abiertos al diálogo con las diferentes culturas de las comunidades de emigrantes nos ayuda a descubrir las riquezas y la diversidad que aportan a nuestra sociedad y a nuestra iglesia.

En nuestro carisma SS.CC. encontramos ya esta doble dimensión profética: una presencia y un anuncio. El hecho de ser Hermanos y Hermanas que trabajan juntos, muestra claramente la igualdad entre los hombres y las mujeres; y la colaboración entre Hermanos y Hermanas procedentes de países diferentes, manifiesta igualmente nuestra forma de vivir la internacionalidad, la diversidad, la unidad y la disponibilidad.

Es evidente que si queremos construir, hoy, el Reino de Dios, debemos realizarlo por una presencia transformadora en el seno de la cultura en que vivimos. El artículo 62 de las Constituciones (Hermanos) resume eso perfectamente: “Cuando ejercemos nuestro ministerio en países diferentes al nuestro, intentamos inculturarnos, no solamente en nuestras maneras de ser o de vivir, sino también en nuestra manera de anunciar el mensaje del Evangelio”.

(Reflexión del P. Pat Lynch, ss.cc. – Nunbead - Londres)

PARA PONERSE EN CAMINO. . .

Querido hermano(a):

Tú no puedes olvidar las palabras de Cristo en el Evangelio de San Lucas

“El Señor me ha ungido para llevar buenas noticias a los pobres, para anunciar la libertad a los cautivos y a los ciegos que pronto van a ver, para despedir libres a los oprimidos y proclamar el año de gracia del Señor”.

Ni dejar de lado lo que nos ha transmitido el Evangelio de Mateo:

“Tuve hambre y me diste de comer... cuando lo hiciste a los más pequeños, conmigo lo hiciste”.

Para ser consecuente con tales palabras, porque has recibido el mismo envío que Jesús, tienes que ser incansable en tu afán por lograr un mundo más justo. El sector más rico del mundo, en todos los países, se esfuerza por tener la mayor cantidad de bienes posibles y gozados intensamente. Mientras tanto una masa impresionante de pobres carece de lo más elemental. Tienes que preguntarte cuál es tu aporte concreto a la justicia y a la reconciliación.

Nuestras Constituciones te piden que realices esta tarea, no con la actitud del que regala desde lo alto de su riqueza, sino en humilde solidaridad con los mismos pobres, para que ellos crezcan por sí mismos.

*¿Estás realizando esta tarea como parte de tu misión evangelizadora?
¿Sientes que estás llamado(a) a ocuparte del ser entero de cada hombre o mujer a los que puedes llegar para llenarlos con la luz del Mensaje del Señor?*

Tu misión reparadora ¿no incluye también este ministerio de sanación para nuestro mundo enfermo?

Ojalá que tu obra evangelizadora no sea algo tuyo y personal, sino prolongación del anuncio de Jesús. Ojalá que la realices con fuerza y renovado entusiasmo, con alegría y con humilde esperanza.

Te saludo en los Sagrados Corazones

Pablo Fontaine, ss.cc.



“Desert Dig II.” Bill Moore, ss.cc.

**“Esa tierna caridad que forma parte de la
felicidad de la vida religiosa”**

Constituciones

Art. 7

Vivimos nuestra vocación y misión en comunidad. La sencillez y el espíritu de familia son el sello de nuestras relaciones dentro de la Congregación internacional, que quiere estar abierta a todos los pueblos. Nuestra vida en común da testimonio del Evangelio y hace convincente nuestro anuncio del Amor Redentor.

Art. 8

Los Hermanos y Hermanas de nuestra familia religiosa constituyen una sola Congregación, y cada rama goza de personalidad jurídica autónoma, con legislación, estructuras de gobierno y de formación, vida comunitaria y patrimonio temporal propios.

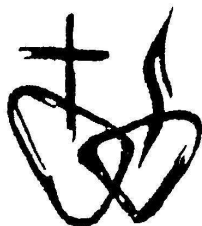
Nuestra familia religiosa tiene desde su fundación un solo carisma, una sola misión, una sola espiritualidad. Hermanos y Hermanas asumen juntos la responsabilidad de mantener y afianzar la unidad, conscientes de que constituye un valor significativo.

Promover esta unidad compete de manera especial a los Gobiernos de ambas ramas en sus diferentes niveles.

Los Gobiernos Generales de los Hermanos y de las Hermanas son conjuntamente, en última instancia, garantes de la unidad de toda la Congregación.

Art. 9

Desde sus orígenes la Congregación tiene una rama secular; sus miembros se comprometen a vivir la misión y el espíritu de la Congregación; se rige por los Estatutos propios aprobados por la Santa Sede.



UN SOLO CORAZÓN

Tu compromiso personal en la misión de Cristo, Siervo de la Alianza, hunde sus raíces en la comunión fraterna.

La Congregación no es una estructura creada para organizar más eficazmente nuestras actividades misioneras; es, ante todo, una familia de hombres y de mujeres, clérigos o laicos, que han escogido el vivir y anunciar el Evangelio a la manera de Pierre Coudrin y de Henriette Aymer. Esta filiación común y esta opción de vida les une a un nivel muy profundo por sus sentimientos y su fe. Hay en ello una fuente de solidaridad y de compartir que engloba la totalidad de su existencia desde su aspecto material hasta los compromisos más espirituales.

Como lo aconseja san Bernardo, déjate interpelar: “¿Por qué has venido?”. Regresa de espíritu y de corazón al día de tu primer compromiso en que diste tu palabra a Dios y a los miembros de esta familia que te recibe entre ellos. Desde ese día, en los gozos y los dolores, tú has experimentado los lazos fraternos, hechos de sencillez y de cordialidad, de perdón y de acogida.

Vives esos lazos de comunión fraterna en una comunidad local. Para que construya y “para ser útil a la Iglesia”¹, necesita tu compromiso personal.

En primer lugar, aprende a acoger al otro tal y como es: así es como Dios le ama. También esfuérzate en cultivar esta actitud del corazón que el P. Coudrin recomienda, citando a san Benito: “Es un buen celo el que conduce a Dios y a la vida eterna. Es ese celo que los hermanos practicarán con un amor ardiente; que honran mutuamente con deferencia; que soportan con grandísima paciencia las enfermedades de los demás, tanto físicas como morales; que se obedezcan a porfía los unos a los otros; que nadie busque lo que es ventajoso para sí, sino más bien lo que es útil para los demás;

¹ P. Coudrin.

que ellos se recuperen de la deuda de caridad fraterna por el amor; que amen a Dios... ¡y que no prefieran absolutamente a nadie sino a Cristo Jesús!”².

Más allá del apoyo mutuo³, la caridad fraterna que es el mayor de los dones⁴, te conduce a la aceptación mutua. “Llevad las cargas los unos de los otros; cumplid así la ley de Cristo”⁵.

Aceptar la mirada y la palabra del otro sobre su vida teje sólidamente nuestras relaciones comunitarias. Reza al Espíritu Santo que te inspire la palabra oportuna para ayudar al otro a practicar la verdad, a ponerse de pie, a vivir el perdón y la reconciliación. Y tú mismo acoge agradecido la palabra del otro para ayudarte a avanzar.

Como Jesús, cíñete la toalla del servicio con respeto a cada uno de los miembros de la comunidad⁶. La comunidad es así ese taller en el que la caridad fraterna, vivida como un servicio, nos configura, día tras día, a Cristo Siervo de la Alianza.

Pero recuerda que esa unidad que buscamos es Dios quien la edifica con su gracia, y particularmente en la Eucaristía en la que pedimos “que formando parte del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, seamos reunidos por el Espíritu Santo en un solo Cuerpo”⁷. Y que tu oración sea habitada por tus hermanos; sin descanso, como los recomiendan nuestros fundadores, no exijas más que “la unión y la paz”⁸.

Para desarrollar este tipo de comunión fraterna, la comunidad necesita de la convivencia cotidiana y de encuentros regulares de intercambio y oración. No dudes de entregar parte de tu tiempo para participar activamente en ellos.

² Regla de San Benito 72,2-11.

³ Col 3,13.

⁴ 1 Cor 13,1-13.

⁵ Gal 6,2.

⁶ Jn 13.

⁷ Plegaria Eucarística nº 2.

⁸ En numerosas cartas de nuestros Fundadores.

La comunión fraterna está hecha de esta acogida y de esta atención concreta a las personas lo que cimienta la felicidad y el gozo de la comunidad y de cada uno de sus miembros.

Así, el soplo del Resucitado da cuerpo a su paz y a su gozo en tu comunidad que se edifica día tras día. Sin cesar, la conduce hacia una fraternidad más amplia. Tú, cultiva incansablemente la comunión con las diversas comunidades que componen la Iglesia local. Sobre todo, profundiza tu comunión con las comunidades de la Provincia y de más allá. Aprende a tomarte tiempo para la acogida y las visitas, para la participación en las fiestas y celebraciones, el intercambio y la reflexión en las instancias de la Provincia o de la Congregación.

Entonces, todos juntos, “creceremos en Cristo, para elevarnos totalmente hasta Él, pues Él es la Cabeza. Y por Él, en la armonía de la cohesión, todo el Cuerpo prosigue su crecimiento, gracias a las conexiones internas que le mantienen, según la actividad que está a la medida de cada miembro. Así, “¡el Cuerpo se construye en el Amor!” (Ef 4, 15-16)

La caridad que une a la comunidad da cuerpo al amor del Señor, del que queremos ser testimonios juntos. ¿Por qué no volver a recoger esa oración tradicional de la familia SS.CC., muy amada de nuestros fundadores: “Padre, tú nos has entregado el Corazón amantísimo de tu Hijo. Concede a nuestros corazones unirse estrechamente entre sí como con Él, a fin de que nuestro amor hacia Ti sea perfecto”⁹.

(Bernard Couronne, ss.cc.)



⁹ De San Juan Eudes a las Maitines del pequeño Oficio del Inmaculado Corazón de María.

QUE NUESTRA VIDA FRATERNA SEA SIGNO DEL AMOR DEL PADRE

Vivimos nuestra vocación y nuestra misión en comunidad.

Uno de los elementos esenciales de la vida religiosa es la vida en comunidad. La comunidad en sí misma es muy a menudo el mayor valor de lo que predicamos.

Somos, todos y todas, hijos del Padre. Nos ama, y quiere que vivamos como Hermanos y Hermanas, miembros de una misma familia. En nuestras comunidades religiosas, significamos este Amor del Padre por nuestra vida fraterna. Esta vida en comunidad nos ayuda a vivir nuestra vocación de contemplar, vivir y anunciar el Amor incondicional de Dios para con todos su hijos.

La sencillez y el espíritu de familia caracterizan nuestras relaciones en el interior de nuestra Congregación internacional que se quiere abierta a todos los pueblos.

La experiencia de 200 años de vida de Congregación y de tantos testimonios, nos hablan de este espíritu de familia y de sencillez, por todas partes en el mundo. Desde hace muchos años, la Congregación cuenta con Hermanos y Hermanas de todas las culturas, viviendo y trabajando juntos en todos los continentes donde la Congregación está implantada. En nuestro mundo multicultural, donde las relaciones humanas se tornan difíciles y muy a menudo injustas y racistas, una comunidad internacional es signo profético de un mundo nuevo.

Nuestra vida en común es testimonio del Evangelio y da credibilidad a nuestro anuncio del Amor Redentor.

La vida fraterna ya es por sí misma evangelizadora. Hay lugares en que las Hermanas y los Hermanos evangelizan por su sola presencia comunitaria. Es su vida en comunidad la que despierta preguntas que interpelan en nombre del Evangelio.

Los Hermanos y las Hermanas de nuestra familia religiosa constituyen una sola Congregación. Nuestra familia religiosa tiene, desde su fundación, un solo carisma, una sola misión y una única espiritualidad. Reconocemos en ello un valor significativo.

En nuestra sociedad machista y en el seno de una Iglesia predominantemente masculina, la unidad de la Congregación es un signo profético para la Iglesia y para el mundo.

Dios ha creado a los seres humanos, hombre y mujer, iguales y diferentes para que se complementen y se enriquezcan mutuamente.

Hermanos y Hermanas, asumimos, pues, juntos la responsabilidad de mantener y afirmar esta unidad.

Cada miembro de la Congregación está llamado a construir la comunidad, a ser artífice de comunión entre nosotros y el mundo.

Promover esta unidad, incumbe de una manera especial, a los gobiernos de las dos ramas, en diferentes niveles.

Cada superior y superiora de comunidad, de Provincia, tiene el deber de promover esta unidad entre los Hermanos y las Hermanas.

En última instancia, los gobiernos generales de los Hermanos y de las Hermanas son conjuntamente, garantes de la unidad de toda la Congregación.

Desde los orígenes, el Superior General era el último garante de la unidad de toda la Congregación. A partir de los Capítulos generales de 1988, esta responsabilidad pasa a ser de la incumbencia de los Gobiernos generales de Hermanos y Hermanas juntos.

Desde sus orígenes, la Congregación tiene una rama secular, regida por estatutos propios aprobados por la Santa sede. Sus miembros se comprometen a vivir la misión y el espíritu de la Congregación.

Por todas partes en el mundo, los miembros de la rama secular encuentran en el capítulo primero de las

Constituciones “Vocación y Misión”, una fuente de inspiración para vivir su vocación propia. En presencia de representantes de las otras ramas del Instituto, se comprometen a vivir su vocación según el espíritu de la Congregación, y colaboran con los Hermanos y las Hermanas en la Misión.

(Paula Teck, ss.cc.)



LA VIDA EN FRATERNIDAD

La fraternidad se basa en dos fundamentos: uno antropológico y otro teológico. El fundamento antropológico es la misma persona humana. Como escribió Leonardo Boff: cada uno de nosotros es un nudo de relaciones. Cada uno es una individualidad, un ser en sí y una apertura. Una sana relación entre estos dos polos posibilita un desarrollo más armonioso de la personalidad. Alguien que no se recogiera jamás, terminaría sendo un extraño a sí mismo. Por otro lado, el individualismo acaba por deshumanizar la persona, pues cada ser humano es esencialmente hermano(a).

El fundamento teológico se apoya en la paternidad universal de Dios. Si Él es Padre, todos somos hermanos. ¿Y el olvido de la paternidad divina no estaría en el origen de tanta intolerancia, de tantas luchas fratricidas, de tanto odio? Así, pues, la fraternidad radica en nuestra naturaleza humana y, a su vez, recibe una nueva motivación y una nueva luz desde la Revelación bíblica.

Como religiosos y religiosas SS.CC., queremos que se den entre nosotros relaciones interpersonales sencillas, con una profunda intercomunicación. Nuestro “espíritu de familia” nos exige un respeto sincero a los(as) Hermanos(as), corresponsabilidad y participación. La historia de nuestra

familia religiosa nos llama a una vida simple, coherente con una evangelización inculturada. Nuestra vida comunitaria debe ser testimonio vivo de que es posible vivir como Hermanos y Hermanas a pesar de las diferencias.

Creo que sería una contradicción si nosotros que propugnamos una sociedad más simétrica, más igualitaria, donde se superen o disminuyan las distancias, donde cada persona sea respetada y acogida como tal, por otro lado, no sabemos respetar ni acoger a los Hermanos o Hermanas que con nosotros viven en la misma congregación. Es decir, nuestras comunidades religiosas deben ser una realización “in acto” del ideal que anhelamos para toda la familia humana.

Por ello pienso que la fraternidad, vivida intensamente, puede ser una levadura que transforme la manera de pensar y de actuar de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Negarla como un futuro abierto a todos sería preparar el advenimiento de una catástrofe sin proporciones. Exactamente a una sociedad dividida y muy marcada por el odio, se le ofrece el antídoto de un mundo más lleno de perdón y reconciliación, donde todos se descubran como hermanos.

Juan Pablo II, en “*Vita Consecrata*” afirma: “Se pide a las personas consagradas, pues, un nuevo y decidido testimonio evangélico de abnegación y sobriedad, un estilo de vida fraterna inspirado en criterios sencillos y hospitalidad, para que sean así un ejemplo también para los que permanecen indiferentes ante las necesidades del prójimo. Este testimonio acompañará naturalmente el amor preferencial por los pobres, y se manifestará de manera especial en el compartir las condiciones de vida los más desheredados. No son pocas las comunidades que viven y trabajan entre los pobres y los marginados, compartiendo su condición y participando de sus sufrimiento, problemas y peligros”.

(Hilario França, ss.cc.)



A LA ESCUCHA DE LOS FUNDADORES. . .

Circular anunciando la aprobación de la Regla de 1817

El Hermano José María, Superior General de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María y de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento del altar, a sus queridos hermanos y hermanas, salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.

En todos los siglos, mis queridos hermanos y hermanas, la Iglesia ha considerado los institutos religiosos como su más bello ornato...

Sabéis, queridos hermanos y hermanas, que nuestro Instituto, en concreto, comenzó en tiempos en que la sangre de los servidores de Dios corría por la guillotina, y tenemos ya veintitrés años de existencia. Han sido necesarios prodigios de la bondad divina para mantenernos en medio de la tempestad.

El Señor no ha cesado de hacer recaer sobre nosotros los milagros de su providencia; **nos ha conducido de la mano**. Hemos recibido, cada día, pruebas de su protección todopoderosa. Nos ha conservado durante el tiempo del terror. La persecución del Directorio no nos ha alcanzado, y durante los catorce años de un gobierno de opresión, ayudados por el favor del cielo, hemos podido ocultar a una policía astuta y pérfida, la existencia de nuestro instituto, y sobre todo la relación de nuestras diversas fundaciones.

A beneficios tan grandes y numerosos, el Señor acaba de añadir otro no menos precioso. Tenemos, por fin, queridos hermanos y hermanas, el consuelo de anunciaros que hemos obtenido lo que, desde hacía tantos años, era el objetivo de nuestro más ardiente deseo. La Sede Apostólica se ha dignado aprobar y confirmar nuestro Instituto el día diez de enero de este año (1817); el augusto Pontífice, ha tenido a bien reconocernos como cuerpo religioso y concedernos, así como a nuestros familiares y los niños educados en nuestras casas, su bendición paternal y apostólica.

“No tengo tiempo más que para deciros lo feliz que soy, en medio de mis dificultades y mis penas, por tener una familia cuyos miembros se quieren con todo el corazón para no hacer sufrir al Corazón de nuestro adorable Maestro J.C., que recompensa los pequeños sacrificios que se hacen por él”.

LEBP 205 del 15 de octubre de 1804 a sor Gabriel de la Barre

“Si mis oraciones y mis deseos son escuchados por Dios, ah, yo se los ofrezco de buena gana para que ustedes solamente tengan un corazón y un alma, y que sean tan felices como puedan, cuando se está al servicio de los divinos Corazones de Jesús y de María”.

LEBP 913 del 4 de febrero de 1824

“Procurad mantener el fervor, la alegría, la bondad, la sencillez, la unión, *esa tierna caridad que forma parte de la felicidad de la vida religiosa*”.

Billete de la B.M. a una superiora.

“Os recomendamos igualmente una gran devoción a San Juan Francisco Regis, apóstol de Vivarais, que hemos dado como patrono a la Sociedad exterior de fieles en comunión de oraciones con nosotros.

Cada día somos más. Nuestro divino Maestro parece abrírnos su Corazón y decirnos: **“Venid todos a mí,”** o **“estad todos conmigo”**. Por tanto, vayamos a Él sin reserva si queremos alcanzar la recompensa”.

Extracto de la circular del 14 de abril de 1817

Circular del Buen Padre, del 11 de febrero de 1826 (Extracto)

... No nos queda ya, queridos Hermanos y Hermanas, más que formular un solo deseo: que las gracias de Dios no hayan sido otorgadas en vano; que seáis fieles a la observancia de nuestras santas Reglas. Esta fidelidad os proporcionará consuelo aquí en este mundo, y asegurará vuestra felicidad eterna. Nuestros Hermanos y Hermanas que nos han precedido en una vida mejor, estaban convencidos de esa gran verdad. Unos y otros os han edificado por su virtud, por su regularidad, por su obediencia, por su espíritu de desprendimiento y sacrificio; y tenemos la dulce confianza de que su muerte ha sido preciosa a los ojos del Señor. Esforzaos en imitarles: os espera la misma corona. Que nuestras santas Reglas sean el objetivo constante de vuestras lecturas y vuestras reflexiones, para conformar con ellas vuestra conducta.

Queridos Hermanos y Hermanas, vosotros sabéis que la Regla de San Benito es el fundamento de la nuestra. Os aconsejo que leáis y meditéis frecuentemente, ante Dios, la Regla de este gran Patriarca de los cenobitas de Occidente... Ahí aprenderéis a valorar y practicar la santa virtud de la obediencia, la humildad, el fervor de la oración, la pobreza de espíritu, la sumisión del espíritu y del corazón, fundadas en la confianza en Dios, y el silencio interior que hace, como dice el Profeta, *que se ponga un freno a la boca, para no pecar con la lengua*; y, en fin, el celo ardiente, *que aleja el vicio y conduce a Dios y a la vida eterna*. San Benito, cuyas expresiones nos gusta tomar, continúa diciendo “Es necesario que los religiosos ejerzan el celo por medio de una ardiente caridad, es decir, que se prevengan unos a otros por medio de testimonios de honor y de respeto; que soporten pacientemente las enfermedades del prójimo; que nadie busque solamente lo que le pueda resultar útil, sino más bien, aquello que ayude al hermano; que cumplan los deberes de la caridad mutua por un movimiento de puro amor de Dios; que teman al Señor; que amen a su superior con un amor humilde y sincero, que nada prefieran antes que a Jesús”.

Por nuestra parte, queridos Hermanos y Hermanas os recordaremos lo que ya hemos dicho tantas veces: os tenemos siempre presentes en el corazón y en el pensamiento, y deseamos continuamente que no ceséis nunca de ser los verdaderos hijos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María.

A LA ESCUCHA DE LA PALABRA DE DIOS. . .

“Dios os ama y os ha elegido para que seáis miembros de su pueblo. Por tanto, sed compasivos, bondadosos, humildes, pacientes y comprensivos. Soportaos unos a otros y perdonaos si alguno tiene queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, así también vosotros debéis

perdonaros. Pero, por encima de todo, tened amor, que es el lazo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones, en la que fuisteis llamados para formar un solo cuerpo.”.

(Colosenses 3, 12-15)

“Si tenéis algún consuelo en Cristo, alguna muestra de amor; si estáis unidos en el mismo Espíritu; si tenéis entrañas de misericordia, llenadme de gozo teniendo todos un mismo pensar, un mismo amor, una sola alma y unos mismos sentimientos. No hagáis cosa alguna por espíritu de rivalidad o de vanagloria; sed humildes y tened a los demás por superiores a vosotros, preocupándoos no sólo de vuestras cosas, sino también de las cosas de los demás”.

(Filipenses 2, 1-4)

“Yo – que estoy preso por la causa del Señor – os pido que caminéis de una manera digna de la vocación que habéis recibido. Sed humildes, amables y pacientes. Soportaos unos a otros con amor. Esforzaos por mantener la unidad del espíritu con el vínculo de la paz. Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo y un solo Dios, padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos”.

(Efesios 4, 1-6)

“Después de esto, iba por los pueblos y las aldeas predicando el reino de Dios. Le acompañaban los doce y algunas mujeres que había curado de espíritus malignos y enfermedades; María Magdalena, de la que había echado siete demonios; Juana, mujer de Cusa, administrador de Herodes; Susana y algunas otras, las cuales le asistían con sus bienes”.

(Luc 8, 1-3)



PARA MEDITAR CON TRANQUILIDAD. . .

Salmo de la Comunidad

¡Qué bueno es vivir los Hermanos y Hermanas unidos!
¡Qué dicha, Señor Jesús,
Vivir unidos en comunidad!

Tú, Señor Jesús,
Quieres vernos unidos
Alrededor de tu Palabra y de tu Pan.
Tu Espíritu de Amor nos reúne;
Tú eres el centro y la fuerza de nuestras vidas.

A tu llamada, los doce quisieron seguirte,
Y les invitaste a olvidarse de sí mismos,
A ocupar el último lugar,
Como regla de vida.

Tu ley nos reúne en fraternidad, en comunidad;
Tú la has reservado para los corazones capaces de amar
Sin pedir nada a cambio.

Hemos recibido de Ti
Un mandamiento nuevo
Que nos da un corazón nuevo;
La regla esencial en tu Reino
Es el Amor.

Alzado en lo alto de la Cruz, Señor Jesús,
Hiciste nacer nuestra comunión:
Por el agua y la sangre de tu Corazón, hemos recibido la
Vida;
Nos has amado hasta el extremo.
Y nos has dado tu Vida sin medida.
Has hecho de nosotros
Niños en la casa del Padre.

Tú nos has dicho, Señor Jesús,
Que no hay mayor amor que dar su vida
por los que amamos;
Da fecundidad a todas nuestras relaciones humanas,
Y saber morir como el grano de trigo,
Para llevar fruto en abundancia.

Que bueno es y qué dulce,
Habitar juntos como Hermanos y Hermanas,
Qué bueno es, Señor Jesús,
Reconocerte en el centro de nuestra Comunidad.

(Compuesta por Comunidades SS.CC. en América Latina)

Declaración de los Hermanos y Hermanas SS.CC. sobre la Misión

Nosotros, Hermanos y Hermanas de la Congregación de los
Sagrados Corazones de Jesús y de María,
somos una comunidad apostólica internacional centrada en
la Eucaristía.

Unidos en la vida y en la misión, y llenos de celo
y esperanza en favor de la misión,
nos esforzamos en vivir
nuestra consagración a los Sagrados Corazones aquí en la
India.

En un movimiento de conversión permanente,
tratamos de enriquecer a los que servimos,
particularmente a los pobres y marginados,
y nos dejamos enriquecer por ellos.

Nos comprometemos a:

- vivir la Eucaristía y la adoración como un ministerio
SS.CC.,
- profundizar nuestro espíritu de familia viviendo
sencillamente,

- defender la dignidad de la persona humana pensando sobre todo en los marginados: los enfermos, las mujeres, los jóvenes y los niños.
- participar en los trabajos pastorales y espirituales según las necesidades de la iglesia local.
- implantar y desarrollar la presencia de la Congregación por la promoción de las vocaciones y los programas de formación inicial.
- invitar a los laicos a participar en nuestra vida y misión y buscar el modo de establecer la Rama Secular de la India
- participar en la promoción del diálogo interreligioso.

(Comunidad de Hermanos y Hermanas en la India)

Declaración de los Hermanos y Hermanas SS.CC. sobre la misión

Somos una comunidad internacional
de Hermanos y Hermanas de los Sagrados Corazones,
presente y enviada a Bagong Silang,
por la Congregación:
para ser testimonio del Amor misericordioso de Dios,
para vivir con la gente ayudándoles a constituirse en los
agentes de su propio desarrollo.

Queremos manifestar de esta manera,
el Amor preferencial de Dios por los pobres:
por medio de una vida sencilla
y nuestro humilde servicio.

Estamos dispuestos a acoger
a los Hermanos y Hermanas jóvenes, en formación,
que quieran compartir:
nuestra vida comunitaria
y nuestra misión, con la gente de Bagong Silang.

(Comunidad de Hermanos y Hermanas, SS.CC, de Bagong Silang, Filipinas)

Oración de la Rama Secular

Señor Jesucristo,
Tú tienes un corazón semejante al nuestro,
Tú ves nuestra miseria, conoces nuestras preocupaciones,
Y sabes nuestro ardiente deseo de vivir,
de felicidad, de gozo y de salud.

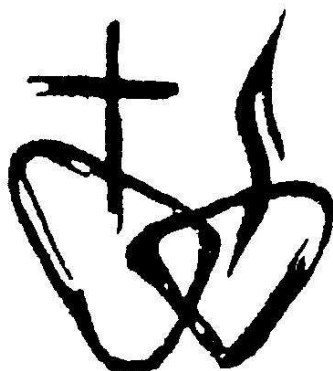
Por tu palabra y tu acción
Nos das aquello que necesitamos para vivir:
a los pobres, les das pan,
a los afligidos, gozo,
a los solitarios, una casa propia y un refugio,
a los abandonados, ayuda y sostén,
a los decepcionados de la vida, esperanza y confianza,
a los que buscan, orientación y seguridad,
a los desesperados, fuerza y ánimo,
a los enfermos, una presencia de amor que consuela,
a los que mueren, la unión con Dios para siempre.

Danos siempre la anchura
y la profundidad de tu Corazón,
Para que todos aquellos con los que nos encontremos
se sientan comprendidos, acogidos y amados.

Haz de nosotros tu boca,
para expresar palabras de bondad y de reconciliación;
Haz de nosotros tus oídos,
para escuchar cuando nadie quiere escuchar;
Haz de nosotros tus manos,
para compartir sin buscar recibir;
Haz de nosotros tus pies,
para ir allí donde reina el desamparo y la desolación;
Haz de nosotros tu corazón vulnerable por amor,
para curar todas nuestras heridas humanas.

Como hijos de tu Padre,
Queremos estar enlazados a todos por un amor mutuo,
Y testimoniar por la unidad de nuestras comunidades
Que tú estás vivo entre nosotros.
AMEN.

(Comunidad de la Rama Secular de Alemania)



PARA PONERSE EN CAMINO. . .

Querido hermano(a):

Qué valor le asignas a tu participación en la comunidad religiosa? ¿Se limita ésta a las formas mínimas de urbanidad o llega a un encuentro más profundo y generoso?

La lectura del texto que tienes en tus manos es la ocasión para que pienses en todo lo que le debes a la comunidad y a tu pertenencia en la Congregación.

Cuando experimentas alguna dificultad comunitaria o algún roce poco agradable, se te oscurece y olvida lo mucho que has recibido en esta familia religiosa. Éste es el momento de recordado y agradecerlo.

No basta soportar a los otros y mantener al justo la convivencia mutua. Tienes que hacer un esfuerzo positivo para aportar lo más posible en la vida común de los Hermanos. Si ya ocurre así en tu caso, siempre podrás progresar y ayudar a otros a que lo hagan.

Examina por ejemplo, cómo escuchas a los otros, cómo compartes lo tuyo, cómo corriges con bondad y verdad lo que no está bien.

¿Adviertes lo importante que es sentirte unido a los otros(as) en una comunidad de misión? Y ya sabes que en esta misión lo primero es el amor fraternal y el testimonio de esa caridad como primer signo de una presencia evangélica.

En tu adoración es bueno que tomes mayor conciencia de la realidad que viven tus Hermanos(as) y no sólo que estés preocupado(a) de tus proyectos personales. También ése es un buen momento para tener presente, que la comunidad vive sobre todo de una habitación del Espíritu Santo y de la realidad viviente de la Eucaristía en los Hermanos.

Te saludo en los Sagrados Corazones

Pablo Fontaine, ss.cc.

Y ahora. . .

Después, la voz del cielo,
que había oído, me habló de nuevo
y me dijo:

“Anda, toma el libro abierto
de la mano del ángel
que está en pie sobre el mar y sobre la tierra”.

Corrí hacia el ángel
y le dije que me diera el librito.

Él me contestó:

“Tómalo y cómetelo;
te amargará las entrañas,
pero en tu boca será dulce como la miel”.

Tomé el librito de la mano del ángel
y me lo comí;
era dulce como la miel en mi boca,
pero en cuanto me lo comí
se me llenaron de amargura las entrañas.

Entonces me dijeron:

“Es necesario que profetices
aún acerca de muchos pueblos,
naciones, lenguas y reyes”.

(Apocalipsis 10, 8-11)

Índice de los capítulos

Carta de los Superiores Generales.....	3
Modo de empleo.	5
Introducción.	7
Vosotros que habéis sido llamados por Dios.	13
Contemplar, vivir y anunciar el amor de Dios, hoy día. . . .	29
Vivir los mismos sentimientos que Cristo Jesús.	47
Ya no se sabe lo que significa el amor de Dios	65
Vivir de la Eucaristía	85
Construir un mundo más justo en solidaridad con los pobres.....	105
“Esa tierna caridad que forma parte de la felicidad de la vida religiosa”	121
Y ahora.	143